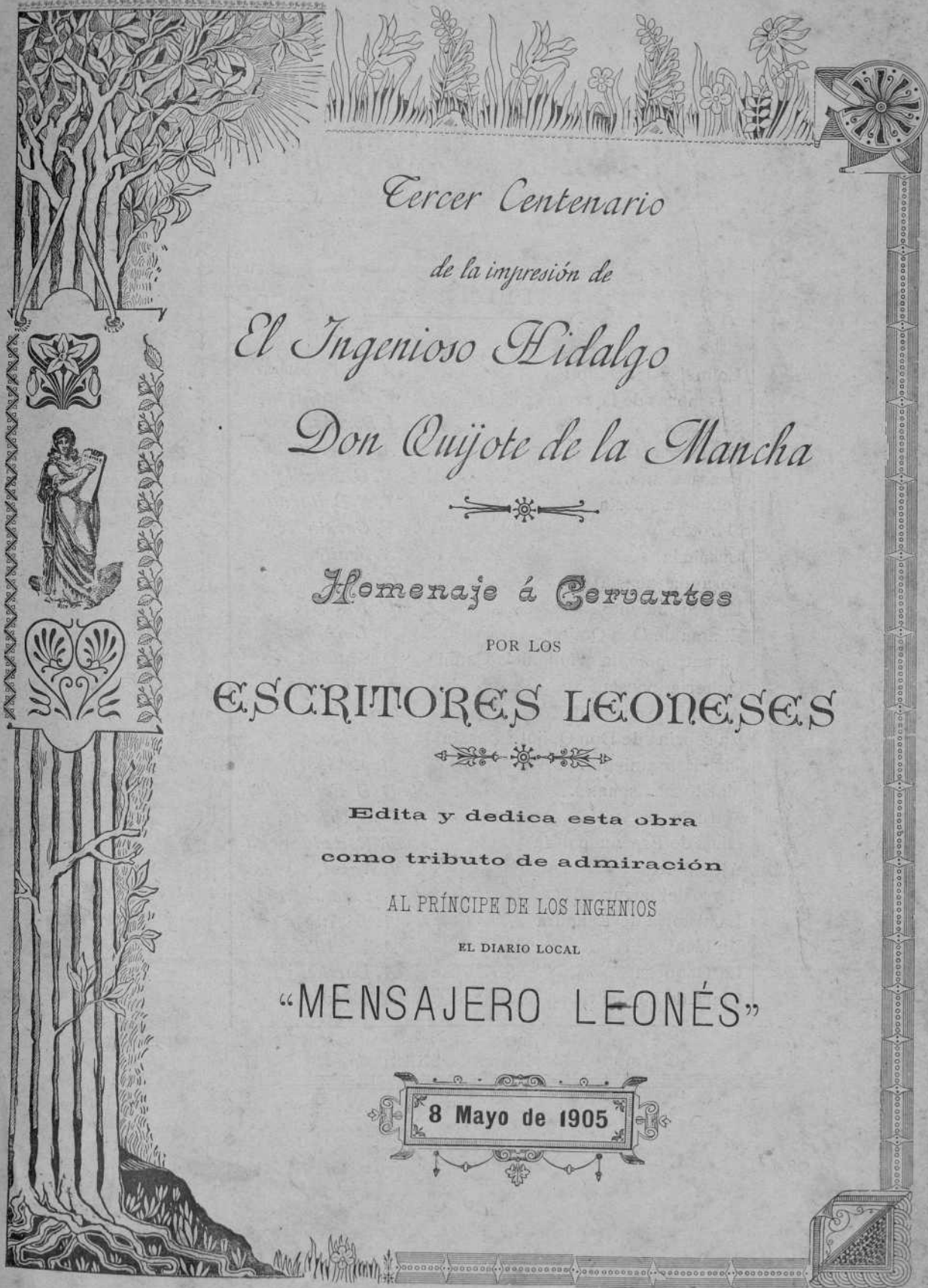


JT - F 1084



Tercer Centenario

de la impresión de

El Ingenioso Hidalgo

Don Quijote de la Mancha



Homenaje á Cervantes

FOR LOS

ESCRITORES LEONESES



Edita y dedica esta obra
como tributo de admiración


AL PRÍNCIPE DE LOS INGENIOS

EL DIARIO LOCAL

“MENSAJERO LEONÉS”

8 Mayo de 1905

T. 1232343
C. 71669 760



Sumario

Lo mejor del Quijote.....	<i>A. de Valbuena.</i>
Las mozas de la venta (poesía).....	<i>F. de la Garza.</i>
Sanchica.....	<i>J. Borrás.</i>
Teresa Panza	<i>A. L. Argüello.</i>
Pensamiento.....	<i>M. G. Revillo.</i>
Dulcinea (poesía)	<i>T. F. Ballarna.</i>
Dorotea.....	<i>V. García Rey.</i>
Luscinda.....	<i>A. Fraile.</i>
Zorayda (poesía)	<i>Grisóstomo.</i>
Un pensamiento.....	<i>D. Jiménez.</i>
El ama de Don Quijote.....	<i>A. L. Núñez.</i>
I a antropología criminal de Camila... ..	<i>Q. Saldaña.</i>
Quiteria (poesía).....	<i>I. M. Graniño.</i>
A título de curiosidad.....	<i>C. D. Garrote.</i>
La sobrina de Don Quijote (poesía)....	<i>D. Calvo.</i>
Otro Pensamiento.....	<i>M. Mactas.</i>
Maritornes (soneto).	<i>B. B. Fernández.</i>
Marcela	<i>P. S. Uriarte.</i>
Hijos de España (poesía)... ..	<i>F. R. de la Vega.</i>
Altisidora.	<i>J. Puyol.</i>
Libro del hogar.....	<i>La Luz de Astorga.</i>
La historia de Leandra.....	<i>A. L. Núñez.</i>
Un ideal.....	<i>A. A. Alonso.</i>
La Duquesa.	<i>A. Barthe.</i>
Clara de Viedma.	<i>M. Bravo</i>

— LEON —

Imp. de Maximino A. Miñón



R. 159195

TERCER CENTENARIO

DE

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Homenaje á Cervantes
por los escritores leoneses

8 MAYO 1915

Revista editada
por Mensajero Leonés

LO MEJOR DEL QUIJOTE

No es, por cierto el lenguaje en que está escrito.

No: la idea de que el QUIJOTE se ha hecho tan famoso y ha conquistado tan grande celebridad por estar «admirablemente escrito», es bastante falsa; lo cual se demuestra muy fácilmente.

Primero, porque si el mayor mérito del QUIJOTE consistiera en estar bien escrito, podría haberse hecho célebre en España; pero no en las demás naciones de Europa, donde solo poquísimos lectores habían de hallarse en condiciones de apreciar los primores del lenguaje, conociendo todos los demás la obra por traducciones no siempre bien hechas.

Y como ha sucedido precisamente lo contrario, es decir, que de esas otras naciones, de Alemania y de Inglaterra principalmente es de donde nos ha venido la ola de admiración y de entusiasmo por el QUIJOTE, que todavía no hace un siglo, ni acaso medio, era allá muchísimo más popular que entre nosotros, hay que convenir en que esa popularidad, ese entusiasmo y esa admiración no han podido nacer de que el libro esté admirablemente escrito.

A más de que tampoco es verdad, y esta es la segunda demostración de la falsedad de dicha idea, tampoco es verdad que el QUIJOTE esté escrito admirablemente.

Pero de esto, no es ocasión de hablar ahora. Ya trataré, si Dios me dá salud, este asunto despacio, en un libro, con pruebas y demostraciones tan convincentes como acostumbro á darlas. Por hoy solo diré de paso, aunque haya quien se escandalice, que, en mi sentir, Cervantes no es el primer prosista español de su siglo, ni el segundo, ni el quinto..... ni el décimo.....

Lo cual ciertamente no le merma en un

ápice la inmensa gloria de haber compuesto la mejor novela del mundo.

Descartado el lenguaje, que no es admirable ni nada más que pasadero, y hecha excepción de algún episodio demasiada extraño á la acción principal y demasiado extenso, y si acaso también de algún otro detalle de pequeña importancia, todo en el QUIJOTE es excelente.

Es admirable, por lo feliz, la idea generadora de la obra: es admirable la creación y sostenimiento de sus dos principales personajes, el loco extraño que haciendo diariamente mayores locuras que ningún loco del mundo, en el momento en que se le aparta del resbaladero, que para él es la andante caballería, discurre sobre cualquier materia como el hombre más razonable; y el marrullero de Sancho, encarnación del sentido práctico y de la desconfianza, al que, sin embargo, la propia codicia y el trato continuo con su señor le hacen creer en sus locas y absurdas promesas.

Es admirable, y es lo que más popularidad ha dado al libro, la felicísima invención de las aventuras, que siendo de suyo tan disparatadas, tan increíbles, puestas en relación con el personaje que las acomete, resultan perfectamente verosímiles y al mismo tiempo muy graciosas, rebotantes de vis cómica y de chiste, no de chiste de dicción, que se pierde casi siempre ó se desvirtua al pasar de una lengua á otra, sino de chiste de acción, de ese chiste mudo que hace reír á carcajadas, en cualquier lengua ó en cualquier forma que el hecho se enuncie, aunque sea por señas.

Entre las aventuras del QUIJOTE, por más que ninguna esté mal traida ni descomponga la obra, las hay naturalmente de mayor y de menor acierto comparadas entre sí, pues no era posible que fuesen iguales, y la que á mi me parece la mejor de todas, la más hermosa, la más original, la que con ser la más disparatada,

resulta dentro del carácter de D. QUIJOTE, la más verosímil, y en fin la que tiene más gracia es la de los molinos de viento.

Aunque todos los lectores la conozcan, bueno es recordarla.

D. Quijote y su escudero van platicando sobre la gran probabilidad de que el último llegue á ser rey, ó cuando menos conde, y,

«En esto descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo y así como D. Quijote los vió dijo á su escudero:

—La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertaríamos á desear, porque ves allí amigo Sancho donde se descubren treinta ó más (1) desaforados gigantes con quien pienso hacer batalla y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos á enriquecer: que esta es buena guerra y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

—¿Qué gigantes?—dijo Sancho Panza.

—Aquellos que allí ves—respondió su amo—de los brazos largos, que les suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Mire vuestra merced—respondió Sancho—que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas que volteadas del viento hacen andar le piedra del molino.

—Bien se conoce—respondió don Quijote—que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes y si tienes miedo quitate de ahí y ponte en oración en el espacio en que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla.—

«Y diciendo esto dió de espuelas á su caballo Rocinante, sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento y no gigantes aquellos que iba á acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes que ni oía las voces de su escudero, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, antes iba diciendo en voces altas: *Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete.*»

Todo el cuadro resulta bellísimo y más que todo la pincelada última.

No creo que se haya escrito en el mundo, en obra de imaginación, nada tan hermoso, tan artístico, tan adecuado á las circunstancias como este apóstrofe sublime.

La narración continúa:

«Levantóse en esto un poco de viento y las

grandes aspas comenzaron á moverse, lo cual visto por don Quijote dijo:

—Pues aunque movais más brazos que los del gigante Briareo me lo habeis de pagar. Y en diciendo esto, encomendándose de todo corazón á su señora Dulcinea, bien cubierto con su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió á todo el galope de Rocinante y embistió con el primer molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa la volvió el viento con tanta furia que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero que fué rodando muy mal trecho por el campo.»

La primera vez que de muchacho leí el QUIJOTE fué esta aventura de los molinos de viento lo que me gustó más; y todavía no he cambiado de gusto. Aún sigo creyendo que no hay nada mejor ni tan bueno en el sabroso libro.

¿Soy solo?... No: tengo por lo menos ó he tenido un compañero en esta creencia. No le conozco, ni sé quién es, ni si es vivo ó muerto; pero estoy seguro de que ha existido.... Verán ustedes dónde y como adquirí esta seguridad.

Cuando yo vine á Madrid á estudiar leyes que ¡ay! no fué ayer, sino allá por el otoño de 1867, había en la plaza de las Cortes, á espaldas de la estatua de Cervantes un facsímile de molino de viento que creo que servía de albergue al guarda del jardinillo enano. Era una bonita construcción de forma cilíndrica parecida á los actuales kioscos de distribución de la luz eléctrica, solo que no era de hierro como estos, sino de ladrillo, con su tejado como un molino de madera, presentando al exterior unas aspas de verdad. Al redor de la pared, sobre el reboque se leía en gruesas letras negras el apóstrofe hermosísimo:

NON FUYADES, COBARDES Y VILES CRIATURAS, QUE UN SOLO CABALLERO ES EL QUE OS ACOMETE.

Escuso ponderar la alegría que me causó el fingido artefacto. Era indudable El que construyó, hizo construir, ó inspiró la construcción de aquella garita, no de forma de batán, ni de forma de jaula de fieras ni de forma de venta... sino de forma de molino de viento, detrás de la estatua de Miguel Cervantes, era seguramente de mi misma opinión, de mi mismo gusto, creía como yo que el mejor pasaje del Quijote era la aventura de los molinos de viento; creía como yo que un molino de viento es la mejor representación material del QUIJOTE.

Años hace ya que, yo no sé quién, algún alcalde presumido é iliterato que quizá no habría leído el QUIJOTE, porque de todo ha debido haber en la viña.... del Ayuntamiento de Madrid, hizo derribar aquel sencillo emblema que acaso le parecería una ridiculez y construir en su sitio una vulgar caseta de madera para el guarda....

(1) El texto corriente dice «treinta ó pocos más» pero seguramente hay en ello error, porque el *pocos* es contra la intención de la frase. De subsistir el *pocos* había que decir *menos*, y acaso así escribiría Cervantes poniendo el menos en cifra *mos* y los cajistas compondrían *más* por equivocación. «Treinta ó pocos menos» también está bien.

¿No habrá otro alcalde que enmiende el hierro haciendo desaparecer la actual caseta y reedificando el molino?

Sería un buen recuerdo del centenario del QUIJOTE.

ANTONIO DE VALBUENA.

Las mozas de la venta

A las humildes doncellas que en la venta se encontraban, y á Quijano se antojaban damas tan nobles cual bellas.

A las dos aves de paso que, con la virtud en guerra, van cruzando por la tierra, y de quien nadie hace caso, ni vate alguno cantó, ni críticos mencionaron, las que todos despreciaron, esas voy á cantar yo.

Que ¡por Dios! fué buen papel el que las tocó jugar, en la novela sin par que hizo el cautivo de Argel.

Si Dulcinea es encanto del valiente Don Quijote, y de la hija del Ricote conmueven belleza y llanto, si Luscinda y Dorotea, y la sobrina y el ama se hicieron dignas de fama con Zoráida y Casildea, si por la simplicidad, como su rústico padre, Sanchica y su buena madre alcanzan notoriedad, no llegaron por mi cuenta, á dejar tan gran memoria del buen hidalgo en la historia, cual las mozas de la venta.

Ellas las primeras fueron que al de la Mancha admiraron; sus pláticas escucharon, y de damas le sirvieron.

Cumplen misión elevada, según la historia revela, calzándole, una, la espuela, ciñéndole, otra, la espada.

Y por justo galardón, de aquel casi sacrilegio, las otorga el privilegio de poder usar el Don.

Sin ellas no contaría, por más que alguno se asombre, del gran Don Quijote el nombre

la andante caballería, ni en belicoso ardimiento, y con loco desvarío, acometiera con brío á los molinos de viento.

Ni á galeotes librara, ni á débiles socorriera, ni á campeones venciera, ni á cueros acuchillara.

Y sin ellas y el ventero no recordaría España, tanta portentosa hazaña de aquel bravo caballero.

Y al lado de Dulcinea y la bella cazadora, Quiteria y Altisidora, y Luscinda y Dorotea, pueden muy bien figurar las dos humildes doncellas, que escucharon las querellas de aquel loco singular.

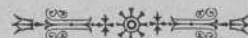
Honrosos y altos deberes á maravilla cumplieron y ellas dos se distinguieron más que las otras mujeres.

Y ninguna, por mi cuenta, dejó tan grata memoria, de Don Quijote en la historia, cual las mozas de la venta.

FELIPE DE LA GARZA.

León 5 Mayo 1905

SANCHICA



Las mujeres son casi todas en el Quijote á cual más bellas y discretas y merecedoras de cariño; y á la que pinta, ya moral, ya físicamente fea, siempre le agrega un toque benévolo para que no repugne

HARTZEMBUSCH

Entre las numerosas figuras femeninas que embellecen y avaloran las inmortales páginas del *Ingenioso hidalgo* no puede ni debe quedar olvidada la de la gentil Sanchica ó Mari-Sancha por otro nombre, hija del socarrón y malicioso escudero del héroe de Cervantes.

Así como la imagen de la sin par Dulcinea del Toboso ocupaba el alma toda del caballero de la Triste figura dándole aliento y bríos, fuerza y pujanza para acometer las más estupendas y descomunales aventuras que jamás vieran los humanos, así el recuerdo de la avispada Sanchica daba ánimos y paciencia, cons-

tancia y mansedumbre al asendereado y maltrecho Sancho Panza para sufrir las malandanzas y riesgos en que á menudo le ponían las audacias y temeridades de su incorregible señor y dueño.

Pruebas á millares de ello pueden encontrarse en el libro inmortal. No hay lance apurado, peligro próximo ni situación angustiosa en que el pacífico Panza se encuentre, que no le hagan volver los ojos y el pensamiento á su mujer y á sus hijos, olvidándose de su propia persona. Y lo mismo después del vapuleo de los yangüeses, que antes de acometer la espantable aventura de los batanes; igual en las medrosas fragosidades de Sierra Morena, que en la malhadada venta donde servía Maritornes; tanto al ver á D. Quijote enjaulado en la carreta de bueyes, cuanto al mirarse él atravesado en su jumento después de la desdichada aventura del rebuzno; así amenazado de muerte en la ínsula Barataria, como agasajado en Barcelona, Sancho vuela con el pensamiento á su modesto hogar del lugarejo manchego y se acoje al cariño de sus mujer Teresa y de sus hijos Sanchico y Mari-Sancha.

Y si en los momentos difíciles de sus andantes jornadas piensa Sancho en los pedazos de su corazón, no los olvida en sus soñadas grandezas.

Tiénesese al escudero de D. Quijote por interesado, egoísta y codicioso pero aunque esto sea cierto, lo es también que en su codicia entra por mucho su pasión por la familia, su deseo de que salga de la angustiosa y mísera situación por que atraviesa.

Así gasta en pro de su mujer y de sus hijos los cien escudos que se hallara en la muleta perdida en Sierra Morena; por complacer á su mujer está á punto de separarse de Don Quijote que no le quiere señalar salario conocido; y le falta tiempo para despojarse del vestido verde de cazador que los duques le regalaran, y enviárselo á su mujer para que acomode el finísimo paño de modo que sirva de saya y cuerpos para Sanchica.

De igual manera aparece justificada su ambición y su delirio de grandezas: ansía ser rey para que sus hijos sean infantes; aspira á Gobernador de la ínsula para que Mari-Sancha sea condesa; y si sueña con verse él elevado á lugares eminentes y rodeado de fastuosidades y cortesías, es por que su hija olvide al rústico Lope Tocho para casarse con un condazo ó un caballero; cambie el tú por un señoría, los zuecos por chapines y la saya parda de cañero por verdugado y saboyanas de seda.

Como se vé, la figura de Sanchica ejerce gran dominio é influencia sobre el ánimo de su alucinado, padre; sin embargo de ello no toma parte directa en la acción del Quijote,

hasta las últimas páginas del libro, y para eso en un solo episodio, de ahí que sea difícil hacer resaltar su personalidad.

Solo acumulando los dispersos materiales que el genio de Cervantes nos suministra, apreciando las referencias y cotejando los juicios, intentaremos trazar la silueta física y hacer el esbozo moral de la rapaza primogénita de Sancho.

Según su padre tenía quince años, dos más ó menos, y era grande como una lanza, fresca como una mañana de abril y con las fuerzas de un ganapan. Tales elogios dieron lugar á la grosera exclamación del escudero del caballero del Bosque que amohinó al buen Sancho y le hizo arrugar el entrecejo, hasta convencerse de que aquello que parecía vituperio era alabanza notable.

El paje de la Duquesa halla á Sanchica lavando en un arroyo á la entrada de su pueblo y por la descripción que allí se hace sabemos que la moza mostraba ser de edad de catorce años poco más ó menos, que estaba en piernas y desgreñada y que era ágil y nada perezosa.

A esto se reducen las noticias que en cuanto á su naturaleza física hallamos en el libro, y no hemos de añadir una palabra más, renunciando á crear una Sanchica á medida de nuestro deseo, cual el enamorado D. Quijote hiciera con la señora de sus pensamientos, la sin igual Dulcinea del Toboso.

Algunas noticias más tenemos de la figura moral de Mari-Sancha.

* * *

Por el diálogo que sus padres sostienen, antes de emprender D. Quijote su tercera salida en busca de aventuras, sabemos que la muchacha, apesar de sus pocos años, deja barruntar que desea tener marido y hasta que un mozo rollizo y sano del mismo pueblo no la mira de mal ojo. Sin embargo de esto Teresa Panza la educa en medio del mayor recogimiento, aplicándola á las faenas de la casa y á las labores pertinentes á su sexo y edad, por aquello de que «la mujer honrada la pierna quebrada y en casa» y «la doncella honesta el hacer algo es su fiesta.»

Y que la muchacha no presenta mala disposición, lo prueba el que ella lava ropa, atiende y agasaja al huésped que la trae el vestido de su padre y la sarta de corales de la Duquesa, y mientras su madre corretea el pueblo para dar á las vecinas, al cura y á Maese Nicolás las nuevas de su contento, Sanchica, la pobre Sanchica, corta tocino adunia, empiedra torreznos con huevos y dá de comer al paje.

A mayor abundamiento por la carta de Teresa á Sancho nos enteramos de que San-

chica «hace puntas de randas y gana cada día ocho maravedís horros, que los vá echando en una alcancía para ayuda de su ajuar.»

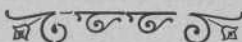
Es cosa probada que Sanchica no sabía leer, pero suplía esta falta de cultura con una gran viveza de imaginación, despejo y cordura en el discurso y donaire y gentileza en el decir. Y que era de una sensibilidad extremada lo demuestra la frase tan gráfica... *que no se puede escribir*, en que Teresa Panza relata, en la carta á su marido, la impresión que le produjeron á Sanchica las buenas nuevas y no peores presentes de que el paje era portador.

Tales eran las buenas prendas de la avispada y despierta Mari-Sancha, las cuales justifican sobradamente el que su padre la criara para condesa. No consta, sin embargo, que llegara á serlo, aunque es más fácil presumir que, andando el tiempo, se casara con Lope Tocho, el hijo de Juan Tocho, el mozo rollizo y sano del lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiso acordarse Cervantes.

¡ Así no es de extrañar que anden por esos campos manchegos tantos y tantos descendientes del astuto, discreto y malicioso Sancho!

JOSÉ BORRÁS.

TERESA PANZA



Con varios nombres designa la historia á la mujer del ínclito escudero de Don Quijote. En el capítulo VII de la primera parte la llama Cervantes, Juana Gutiérrez y pocas líneas más abajo afirma Sancho *que aunque lloviese Dios reinos ninguno asentaría bien sobre la cabeza de Mari Gutiérrez*; no siendo por ello de extrañar que *Mari Gutiérrez* la nombre Avellaneda en todo el discurso de su segunda parte. En la misma parte 1.^a, cap. LII, figura repetidas veces con el nombre de Juana Panza y en toda la 2.^a con el de Teresa...

¿Cuál de estos nombres es el auténtico y verdadero de la mitad del famoso gobernador? No es difícil dilucidarlo: varios textos de la obra inmortal hacen tan clara la luz en el asunto, que no dejan lugar á duda ni controversia de ninguna clase. En un capítulo de la parte 2.^a motejando Don Quijote á Avellaneda de mentecato é ignorante, se extraña de que llame Mari Gutiérrez á la mujer de Sancho, no llamándose tal, sino Teresa Panza. El mismo Sancho confirma el dictámen de su señor y á mayor abundamiento, la propia interesada (Parte 2.^a, Cap. v.), dice á Sancho en acalorada discusión con visos de reyerta conyugal: «Cascajo se llamó mi padre y á mí por ser vuestra mujer

me llaman Teresa Panza, que á buena razón me habían de llamar Teresa Cascajo». Así pues, á la afirmación de testigos tan irrecusables en esta materia no hay sino callar y afirmar con juramento que Teresa Panza era su nombre único, formal y verdadero.

Nacida y criada en el lugar de Don Quijote, es cristiana vieja que no sabe leer, pero sabe hilar y váyase lo uno por lo otro. Digna esposa del andante escudero no acepta los ideales de Don Quijote, más que como escalón para llegar al gobierno de la negra ínsula, ambicionado por no conocido, ó en su defecto á los zapaticos para sus retoños y la saboyana para ella. Y no es este el único lazo común y línea de contacto que tiene con su asendereado marido: es como él socarrona, maliciosa como él y hasta como él enhila y ensarta refranes á troche y moche, ya que según el cura «todos los del linaje de los Panzas nacieron con un costal de refranes en el cuerpo.»

En lo de la ambición, calza un punto menos que su esposo y señor. No quiere para su hija señorías ni rápidos encumbramientos y prefiere casarla con Lope Tocho, que no la mira con malos ojos, á verla señora en donde no la entiendan, ni ella se entienda. Tampoco es amiga de arremeter con los jayanes y jigantones y no quiere ínsulas ni ínsulos á costa de empresas y sacrificios de éxito dudoso por lo menos; «Viva la gallina aunque sea con su pepita: vivid vos y llévase el diablo cuantos gobiernos hay en el mundo.»

He aquí en una sola frase el resumen de toda su filosofía femenina y el de la de innumerables Teresas, que al poner trabas y cortapisas á los briosos ímpetus masculinos, ora nos estorban el hallazgo de una maleta con cien escudos, ora nos evitan y ahorran desagradables manteamientos....

* * *

Afirman que, como Sancho y D. Quijote, Teresa Panza vive y discurre por el mundo. Sigue casada con Sancho.

Si llega á enviudar... no la caseis con Don Quijote.

ALBERTO L. ARGÜELLO.

Evoquemos la memoria de Cervantes, pero no sólo para glorificar con espléndido y fugaz homenaje la figura gigantesca del gran Maestro del habla castellana. De esa expresión general de entusiasmo, concierto grandioso de doctos y analfabetos, debe quedar algo vivo y duradero: en las inteligencias la admiración al inimitable escritor, y en los corazones el recuerdo de su fé, sus amores y sus hazañas.

MAGÍN G. REVILLO.

Astorga y Abril 1975.

DULCINEA

Comprendo que soy muy po—
para hablar de Dulcine—,
y que ha de haber socarro—
que me tilden de Quijo—
por osar á tal empre—.

Pero no me importa un pi—;
que nada me intranquile—,
como el Caballero andan—
D. Quijote de la Man—
me perdone la osadí—.

La modestia ser ador—
no suele del hombre tor—,
y en mi terquedad se advier—,
que con arrogante esfuer—
lo más peliagudo abor—.

¡Hablar de la Tobosí—!...
¡de la sin par hermosu—!...
¡de la que fué maravi—,
Sol, estrella, Norte y guí—
del de la Triste figu—!

¡Oh Tobosil horizon—,
donde el Sol pasó rabie—!
¡Oh hermoso cielo manche—,
sin noche, cuando de Aldon—
alumbraba la belle—!

Contadme de la hermosu—
de aquella que aechando tri—
dijo haber visto el ladi—
cuyo ideal era en su ru—
llegar á la buena vi—.

Más fuera aguileña ó cha—,
blanca ó negra, gorda ó fla—,
salió la gentil belle—
de los moldes del dese—
del sublime enamora—.

En ensueños su locu—
trazó la esbelta figu—;
púsole nombre á su anto—,
y dióle cetro y coro—
sin andar con más dibu—.

Y aunque transcurrieron si—,
su imperio dura y prosí—;
que el loco amor siempre tie—
y ha de tener Dulcine—
y Quijotes á porri—.

¿Quién, si de amor algo sa—,
tal prodijio no cono—,
y en locuras no habrá da—,

de ver soles en los o—
y un cielo en cualquier ca—?

Pues esa es la Dulcine—
con que el idealismo sue—,
y que á mí se me figu—,
que es como el maná del cie—
que tan bien á todos su—.

TELESFORO F. BALLARNA.

Dorotea

En la serie interminable de aventuras cómicas, satíricas y burlescas que la imaginación creadora de Cervantes puso en la prodigiosa obra *El Ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha*, descuellan como invenciones originalísimas, y episodios interesantes, y dramáticos cuadros y pinturas de enamorados galanes y *Fermosas señoras*, invenciones tantas, que unas con otras ponderan las bellezas de la fábula que en tan famoso libro se desarrolla, ocupando, entre tanto mérito y valor, lugar distinguido, los retratos de damas, que como Dorotea, por otro nombre, la *Princesa Micomicona*, están llenos de vida, tratados con maestría y la verdad reflejan con toda su pureza.

Dorotea surge en las páginas del libro, independientemente de la unidad del pensamiento que se desarrolla entre los dos personajes D. Quijote y Sancho, pero surge, contribuyendo á la acción, manteniendo en varios capítulos, el interés vivísimo que *caballero andante* y *escudero*, inspiran, presentándonos Cervantes á la famosa princesa, en el papel que desempeña amoroso y romántico, superior á la Marcela *esquiva*, á la Luscinda *tierna*, á la Zoraida *hermosa*.

Dorotea más bien alta que baja, sin que fuera delgada, vaporosa, de maneras distinguidas, de graciosos contornos que ocultaban los calzones y el capotillo pardo que llevaba cuando vagaba errante por la sierra pagando tributo á la humana flaqueza, de hermosura incomparable; que al decir de aquellos que la sorprendieron, «no es persona humana, sinó divina», que arrostra sin miedo los peligros, que se expresa con ingenio y agudeza, dotada de encantadora sonrisa, de gracia inimitable, de buen humor, delicada por sus sentimientos y noble de corazón, es un verdadero tipo de mujer, tipo idealizado por el genio prodigioso del *manco* de Lepanto, que dá vida y calor á las más difíciles situaciones que tiendan á complicar la trama de toda acción que se desarrolle en la más famosa novela.

Dorotea, como mujer, hubiera sido una perla, sin mancha alguna que empañara su brillo, sinó hubiere quedado prisionera del de Fernando bestial desenfreno; era mujer y como otras muchas ni gazmoñas ni insensibles, amó á Fernando y su amor fué desgraciado.

Sorprendida por el Cura, el Barbero y Cardenio, en la misma sierra, entre bosques rodeados de ásperas quiebras y enmarañados breñales, inconsolable, apoyado su cuerpo sobre las piedras que bañaba el *arroyo que por allí corría*, y desnudos sus pies que lavaba en sus plateadas aguas, absorta la encuentran, tal vez porque se retrata el mal comprimido despecho en su juvenil y hermoso semblante; mejor así, que las formas de su cuerpo tienen las proporciones que deben, y que denuncian por la exquisita relación que guardan; en la que resplandece una gracia natural que cautiva y encanta y mantiene embelesados largo rato al Cura y sus dos acompañantes que la contemplan absortos, es una creación de Cervantes, es una estatua femenina idealizada por la pluma de tan prodigioso artista, creación que encaja admirablemente en las páginas del Quijote.

En mujer tan perfecta, en mujer tan originalísima están simbolizados todos los encantos de la naturaleza y todas las mas bellas cualidades del alma, que como la gracia, el ingenio, la benevolencia, la amabilidad y la simpatía, pueden anhelarse, y que tanto realzan á la mujer que las posee.

La hermosa Dorotea, no está, sin embargo, exenta de reproches; pues á pesar de sus bellas prendas, y de tantos dones, Dorotea vaga prisionera en medio de los riscos y malezas de la sierra, prisionera de su ciego enamoramiento por la lascivia de su amante Fernando; vaga con su rubia cabellera y su encantadora sonrisa, si dulce y fiel, sumisa; rebelada contra su seductor, del que había sido infamada primero, abandonada después, llorando en la soledad su extravío; vaga, á pesar de tanta gracia como en ella resplandece en su semblante y tanta nobleza en su corazón, con los ojos secos por el infortunio, recorriendo emboscada, aquellas asperezas, cual se recorre un sendero de desgracias, sendero de abrojos por otra parte, que tanto y tanto de continuo sus blandas carnes hieren y su sensibilidad apagan, desfalleciéndola, y no obstante, Dorotea, imponiéndose tantos materiales sacrificios y tantos morales sufrimientos, arrojando sin miedo los peligros que se le presentan, sigue siendo la mujer interesantísima, en la que aumentan sus encantos considerablemente, al proseguirse la historia de tan famosa princesa.

Dorotea es la mujer, de tantas como intervienen en la obra de Cervantes, que reúne la mayor suma de cualidades que realzan al sexo

femenino. Al ensalzar este tipo, al elogiar este retrato de su prodigioso autor, no se hace más, que rendir un justo tributo de admiración á Miguel de Cervantes.

V. GARCÍA REY.

Luscinda

Querer describir su hermosura, estudiar y reflejar su caracter, y hacer su retrato, fuera en mí tan grande locura, como no pequeña fué la de Don Quijote. Solo el enamorado Cardenio ha podido conocerla, en términos tales, que de sus palabras entresaco las que ahora son oportunas para presentaros á la sin par doncella, hermosa como un sol, pero tan sin voluntad que la falta de esta y su poca firmeza fueron causa de las desdichas de su amante. Y esto no obstante, es Luscinda apasionada; y se concibe que así fuera; nacieron sus amores al amparo de los primeros años de su vida, donde cándida é inocente el alma, puros los sentimientos, nobles las ideas, castas las palabras, y entusiasmo en el corazón, ni puede el hombre mentir, ni falsedad existe en sus actos; porque cuando brota en nuestra alma la primera tinta cárdena que denota, no sé qué extraña atracción hacia un determinado ser, ni hay cauterio que la queme, ni fuerza que la domine: lejos de eso, adquiere más vigor, más campo para que germine, y con la dulce esperanza de poseer aquella adorada prenda, se vive esperando que llegue el día en que colme sus naturales deseos.

Esta es la Luscinda del Quijote; he aquí bosquejado su carácter, sus sentimientos, su retrato: inocente, discreta, constante y enamorada, para quien guardara el amor venturosos días si la codicia de sus padres no hubiera dado sus frutos.

Dejémosla apurar las amarguras que su falta de energía la proporcionó con Don Fernando cuando le aceptó por esposo, mientras tributamos justo elogio á el autor del Quijote, en el que nos muestra la Luscinda objeto de estas líneas; que cuántas Luscindas hay en los tiempos que corremos ¡y qué pocos Cardenios!

ARTURO FRAILE.



ZORAYDA



Gentil como la palmera,
hermosa entre las hermosas,
en discreción la primera
y más bella que las rosas
de la feráz primavera,

es Zorayda; en juventud,
gracia, riqueza y salud
á nadie puede envidiar
¿Por qué ha dado en sollozar
presa de ardiente inquietud?

¿Qué pena tiene la mora?
¿qué motiva su querella?
¿porqué gime y porqué llora
si en ella su padre adora
y se desvive por ella?

¿Por qué muestra sus enojos
si los más raros antojos
al punto cumplidos mira?
¿Por qué con afán suspira
y empaña el llanto sus ojos?

¿Será un amor contrariado,
ó un sueño no realizado
que en su mente se fijó?
Será acaso porque vió
el ideal que ha soñado?

Su infancia pasó entre flores
y aunque á la edad llegó ya
de los primeros amores,
la causa de sus dolores
oculta en su pecho está.

En esa época dichosa
cuando tranquila y gozosa
corría su edad primera,
y antes que la niña hermosa
en mujer se convirtiera,

la mora tuvo una esclava
cristiana de corazón
que con celo la cuidaba,
y al educarla le hablaba
de la Santa Religión.

Y desde aquel mismo día
en Jesu-Cristo creía
y fué cristiana ferviente,
teniendo siempre presente
la devoción á María.

La Cruz era su consuelo,
la Virgen Santa el amor

que mitigaba su duelo,
y era su constante anhelo
demostrarla su fervor.

Y suplicando la mora
á tan Excelsa Señora
de la que todo se alcanza
la conduzca sin tardanza
allí donde se la adora,

pudo lograr el contento
de que llegara el momento
que con afán esperó
pues su noble pensamiento
al cabo se realizó.

Cierto cautivo cristiano
se enamoró de la bella
y la trajo al suelo hispano
para ofrecerla su mano
y vivir siempre con ella.

Y la mora huyó con él
en un hermoso bajél
que hendiendo las crespas olas
dirigía el timonel
á las playas españolas.

Y aquí Zorayda cambió
su nombre en el de «María»
después que se bautizó,
y en dulce lazo se unió
con el hombre á quien quería.

Y feliz fué con su amado,
y de fervor fué dechado
la antigua mora bermeja,
y al fin se murió de vieja,
y... *colorín colorado.*

Grisóstomo.

UN PENSAMIENTO

En Dios y en mi ánima, os aseguro, que á poco me sabría tanta fiesta y tanto regocijo en honra y prez de Miguel de Cervantes, si á la postre sacara de aquellos algo de provecho nuestra flaca España. Que no es bastante decir loores y cantar alabanzas á los que fueron grandes en virtud y talento, si á la vez no trabajamos para asemejarnos á ellos.

Y á fé que, leyendo su ingenioso libro, alumbraremos nuestro entendimiento, ennobleceremos nuestro corazón y limpiaremos de advenedizas impurezas nuestra hermosa habla castellana.

DIAZ-JIMENEZ



El Ama de D. Quijote



Tocome por desgracia en suerte, á mí que no tengo ni sombra de literato ni he manejado nunca la pluma en sentido tan elevado; cúpome en suerte repito, á mí que no soy más que un mal *facedor* de versos tontos é insulsos, habérmelas nada menos que con la respetable ama de D. Quijote de la Mancha, aquella buena mujer que aborreciendo los libros que manejaba de continuo su estrambótico señor, los que á menudo solía meter en su cabeza á fuerza de leérselos juntamente con su sobrina, en los ratos en que con ambas departía, hubo de tener la mala ocurrencia para D. Quijote, pero buena para muchos, de condenar á aquellos tomos en que se hablaba de caballeros andantes, al fuego, no sin antes haberles salpicado de bendita agua, por creerles originales de algún encantador ó espíritu maléfico, que á su desdichado amo habíale contaminado el cerebro, teniéndolo completamente perdido, á causa de devorar en las soledades de su despacho, sus infernales lecturas.

Las *hazañas* de aquellos caballeros andantes, las encontraba de perlas el Ingenioso Hidalgo y de tal modo le pusieron y tanto y tanto le impresionaron, que de aquella casa había desaparecido el sosiego y la paz doméstica, que traían á mal traer á su señora ama, pues ya D. Quijote no era el que en otros tiempos departía con ella, no cuenta la historia si con buenos ó malos fines, aunque nos inclinamos á creer, dado el temperamento del señor, que serían buenos, honrados, desinteresados y castos, no obstante el buen ver de la que apesar de sus más de cuarenta años, se conservaba fresca y lozana como lechuga primaveral.

No parece ser en la obra de D. Quijote figura de gran relieve la de su ama, puesto que en pocas páginas del libro del *Ingenioso Hidalgo* se la menciona, pero para mí que la tiene y muy grande, puesto que si el *desfacedor de entuertos y amparador de doncellas* se hubiera percatado y caso hubiera hecho de su ama, sus costillas no se hubieran quebrantado, sus quijadas no hubieran sido golpeadas y no le hubieran *tomado el pelo*—como ahora se dice—altos y bajos, chicos y viejos, al verle con su ridícula figura montado en aquel caballejo hambriento y escuálido que tenía que llevarle á lomo *velis nolis*.

Ni los razonamientos de su buena compañera, bastaron para que D. Quijote desistiera de sus locas empresas: ni desinteresados consejos fueron suficientes para evitarle el ridículo en que se ponía. Todo al contrario; cuan-

do en los pocos ratos que le quedaban al *andante caballero*, para departir con las dos mujeres que gobernaban su casa, les explicaba aquello del gigante que sus piernas se semejaban á dos torres y sus brazos á dos corpulentos árboles y sin embargo uno de la orden de caballería le partió por la mitad de un solo tajo de la mohecida espada—cosa que creía el buen señor cual si artículo de fé fuera, y cuando las contaba, otros hechos aun más estupendos, ridículos y estrafalarios, se enfurecía y regañaba seriamente, al ver que ella, el ama, dudaba de la veracidad de los hechos mencionados y se reía á mandíbula batiente, considerando que un hombre como él, sabido y leído, diera aserto á semejantes majaderías hijas sólo de la sugestión que en su cerebro morbosó, hubieran ejercido el estudio—más que lectura—que había hecho en aquellos libros que para el ama habían sido escritos por el mismo Belcebú.

Buena idea—ya lo creo—fué la de la dueña en hacer una selección ó espurgo de lo que contenía aquella heterogénea biblioteca, para hacer auto de fé, con los que en consulta celebrada con el cura y el barbero, opinaron que debían sufrir tan condigno castigo, pero, ¡ay! que ya fué tarde, pues tantas y tantas veces habían sido leídos y reevidos por su amo y señor, que no hubiera sido difícil—tan sabidos los tenía y tan impregnada estaba su mollera de aquella lectura,—que le hubiera costado á él una higa, el volverlos á reproducir a por a y b por b, sin faltarles tilde, ni guión.

Pero el ama al quemarlos, hizo una buena obra, porque aunque á D. Quijote no le libró de los consejos que á los caballeros andantes daban los tales procesos, consejos que tomó tan *ad pedem literae*, que lo hicieron convertirse en verdadero iluminado, ó demente, á las generaciones venideras las evitó que cayeran en el ridículo á imagen y semejanza de su simple y cándido amo.

Sin embargo—á mi corto entender,—hoy y en el siglo XX en que vivimos de luz y progreso: de electricidad por arriba y electricidad por abajo y por detrás y por delante, hay un número crecido de Quijotes y un no menor número de Sancho Panzas.

Y he ahí por qué decía yo que sí tenía relieve la figura del ama de nuestro señor Don Quijote, aunque la verídica historia no se lo concedía, puesto que dá relieve y eleva mucho ante los ojos de Dios y de los hombres, la figura de una mujer rústica y sin cultura que hace desaparecer por medio del fuego, aquello que puede perturbar cerebros y hacer de los hombres seres ridículos, estravagantes y simples, cuando están llamados para desempeñar otros

destinos, que puedan ser útiles para la sociedad y para ellos mismos.

*
* *

Y aquel, ó aquellos de mis compañeros que me designaron á mí para que hiciera algo sobre el Ama de *D. Quijote de la Mancha*, se habrán persuadido después de leer lo que precede, que otro mejor que yo hubiera salido más airoso al habérselas con semejante señora, pues aunque viejo, no lo soy tanto que no me hubiera atrevido hasta con la mismísima y sin par señora *Dulcinea del Toboso* así hubiere tenido que arrostrar las iras de su adorador empedernido el tantas veces nombrado DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

ALFREDO L. NÚÑEZ.

La antropología criminal

de CAMILA

en el «Curioso impertinente», de Cervantes

I.

A partir del concepto social de delito, todo intento de diagnóstico criminal debe fundarse en el estudio del ambiente moral en que el delincuente, objeto de diagnóstico, se ha formado; en que el delito, motivo de la alarma ó daño, apareció. Cuando el ambiente ético del crimen es un cuadro novelesco ó dramático, esto es: imaginativo, ideal, su estudio es el de la psicología particular de cada uno de los personajes más salientes de la acción dramática.

En el «Curioso impertinente» de Cervantes solo aparecen, dignos de tal estudio tres: Camila, la mujer adúltera; Anselmo, el marido engañado; y Lotario, el amigo traidor ó infiel. Procedamos á hacer su estudio sucesivo.

II.

Anselmo es un hombre ilustrado, culto; pero á la vez algo ligero, calavera, como ahora diríamos; «aficionado á los pasatiempos amorosos» como dice, hablando de él, Cervantes. Es hombre desconfiado, aún más que *curioso*, cuando dice: «el deseo que me fatiga es pensar si Camila, mi esposa, es tan buena y tan perfecta como yo pienso.» Es temerario, *impertinente*, como le califica muy bien Cervantes, cuando añade Anselmo «..... y no puedo enterarme de esta verdad si no es probándola.» Es pesimista y excéptico, en cierto modo, al decir luego «porque yo tengo para mí, ó amigo, que no es

una mujer más buena, de cuanto es ó no solicitada.» Está perturbado en su razón, sin duda y así lo imagina Lotario, su amigo del alma, cuando dice: «No me puedo persuadir, ó amigo Anselmo, que no sean burlas las cosas que me has dicho sin duda imagino que no te conozco.... el daño está en que yo pienso que no eres el Anselmo que solías.... porque las cosas que me has dicho ni son de aquel Anselmo, mi amigo ... que tienes tu ahora el ingenio como el que siempre tienen los mozos (incapaz para entender razones, quiere decir Lotario).... descaminado y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable... tu simplicidad... tu desatino... tu manifiesta locura.»

«Voy huyendo del bien y corriendo tras el mal—dice el mismo Anselmo,—yo padezco ahora la enfermedad que suelen tener algunas mujeres que se las antoja comer tierra, yeso, carbón y otras cosas peores para mirarse, cuanto más para comerse;... así que es preciso usar de algún artificio para que yo sane.» Anselmo es, pues, un enfermo del espíritu, un psicopata moral, que conoce su enfermedad y la describe. A su decisión de comunicar á Lotario tan descabellada idea ha precedido larga lucha interna, larga vacilación, pero al fin el pensamiento único, determinante, fatal, se sobrepone; la obsesión triunfa. Lotario procura engañarle y distraerle, pero Anselmo vuelve á su manía. Anselmo se ve perseguido por una idea: padece el sonambulismo de la idea fija.

«Y estás obligado á hacer esto—sigue diciéndole Lotario—por una razón sola y es que estando yo como estoy determinado de poner en práctica esta prueba, no has tu de consentir que yo dé cuenta de mi desatino á otra persona....» «Resuelta voluntad» que al ver Lotario no se atreve, contra todo su buen deseo á combatir.

Anselmo, en esta ocasión al menos, es un impulsivo; padece una impulsión psico-motriz, irresistible pero no violenta sino tranquila, insinuante—en esta primera fase, al menos—discursiva.

Su locura es, pues, una monomanía razonadora.

Ante la transigencia de Lotario, Anselmo abrazóle, tierna y amorosamente y agradecióle su ofrecimiento, como si una grande merced le hubiera hecho » Es la psicopatía del criminal por pasión, emotivo, tierno de corazón, expansivo como el niño caprichoso, como la mujer histérica, como el idiota.

Anselmo, en la ejecución de su proyecto desastroso, tiende redes á la virtud de Camila poniendo todos los medios que él juzga útiles para su caída moral; dá dinero y alhajas al amigo para seducir á compás la honra de su esposa; le ofrece versos y músicas; le insinúa la táctica;

se ausenta de su casa por largo tiempo, obligando á su mujer y á su amigo á vivir juntos y cuando aquella quiere huir á casa de sus padres, ante el peligro, Anselmo se lo prohíbe terminantemente, en su carta; coopera, en fin, con todo su poder, al adulterio; corrompe á su mujer, en suma; es un culpable.

La cultura y el estudio; la civilización, que obra sobre la raza como el frío—según Tarde—hacen derivar la morfología del delito en Anselmo, caminando de la violencia á la conspiración.

Anselmo es el paralelo retórico y metafísico de aquel otro delincuente más vulgar que, en el delirio de la embriaguez, hizo desnudar á su mujer y á su hija para avergonzarlas ante un grupo de camaradas, todos ébrios para verlas luchar contra los ataques brutales de estas gentes amenazándoles con un revólver si cedían. Es igual: Anselmo daba joyas y dinero á su amigo para corromper más fácilmente á su esposa, mientras él acechaba tras de la cortina de la cámara para gozar viendo luchar á esta en un *macht* ético, batiendo el *record* en una extraña carrera moral de resistencia.

El tipo psicopático de Anselmo representa la personificación de un caso rarísimo en la ciencia: un caso de lo que pudiera llamarse *impulsión experimental* ó *impulsión curiosa*—para el que hasta ahora no hay nombre establecido—análogo en un todo á las otras formas impulsivas—impulsión homicida, impulsión suicida, impulsión sexual, impulsión cleptománica etc.—una aberración de un instinto general—la curiosidad—en una de sus formas menos raras; la curiosidad ética, análoga á la curiosidad científica y á la curiosidad vulgar. La psicopatía de Anselmo no es pues ni con mucho una locura, al modo absoluto é indivisible en que la concibe el Tribunal supremo ó el modo furioso y violento en que la concibe el vulgo. Es, más bien un raptó de estravio mental de un hombre sano y cuerdo, análogo, pero en sentido inverso, á los raptos de lucidez—intervalos lúcidos—que tiene el loco; una idea descabellada que, á haberse dado en el cerebro de un hombre de ciencia hubiera sido el germen de una de tantas teorías absurdas como corren y que de haber nacido en un cerebro inferior hubiera dado lugar á una tragedia criminal, por celos. Es una monomanía, un capricho femenino que corresponde á las enfermedades de la voluntad por exceso de impulsión en la clasificación corriente de Ribot.

III.

Camila es, por sus cualidades físicas, una «mujer hermosa:» por su condición, una «doncella principal;» «hija de tan buenos padres» por su herencia; tan «honesta, honrada, recogi-

da y desinteresada—según la confesión de su marido—y tan «buena, prudente y casta»—según Lotario—que «su bondad y valor podían poner freno á toda maledicente lengua.» Tal era su prestigio en la ciudad. Le amaba á su marido «tan contenta de haber hallado á Anselmo por esposo, que no se cansaba de dar gracias al cielo.» Cuando volvieron los dos amigos del paseo fatal «hallaron á Camila con ansia y cuidado esperando á su esposo, porque aquel día tardaba en venir más de lo acostumbrado.» Es obediente para con su marido «Camila no tenía otro gusto ni otra voluntad que la que él quería que tuviese» hasta tal punto «que por haber sabido ella con cuantas veras los dos se amaban, estaba confusa de ver en él—en Lotario—tanta esquivaza.» Es naturalmente cariñosa para con todo el mundo, con sencillez, con inocente ingenuidad de niña buena.

«Al otro día vino á comer—Lotario—con su amigo y fué bien recibido de Camila, la cual le recibía y regalaba con mucha voluntad, por entender la buena que su esposo le tenía.» Es discreta y prudente, además: «otro día—ausente de la ciudad Anselmo—vino á su casa, Lotario, donde fué recibido de Camila con amoroso y honesto recogimiento; la cual jamás se puso en parte donde Lotario la viese á solas, pues siempre andaba rodeada de criadas y criados.» «Más la honesta presencia de Camila, la gravedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta que ponía freno á la lengua de Lotario.» Cuando por fin dá éste en requiebrarla «Camila quedó suspensa y no hizo otra cosa que levantarse de donde estaba y entrarse en su aposento sin responderle palabra alguna.» Camila viendo la insistencia de Lotario, primero duda acerca de lo que debe hacer; luego escribe á su marido un billete muy discreto, donde le recuerda su deber de no abandonarla, y le ruega que vuelva amenazándole con irse ella á casa de sus padres y dejándole adivinar hábilmente su situación y su peligro.

Anselmo le contesta que de ningún modo abandone la casa; y Camila, por fin, después de resistir algo, pero sin hallar una resolución heroica en su corazón, una idea salvadora en su cerebro, sin un arranque supremo de reprobación moral hacia el delito, sin un arrebató de pasión de amor que explique el crimen, se rinde al fin, por la pesadumbre de su propia debilidad sexual y cae vergonzosamente, sin capitular, sin poner precio de estima á su tesoro, sin hacerse desear,—como reconoce ella misma á su doncella;—cae, sin perversidad, sin patología, sin nobleza, sin arte..... Camila no es culpable, pero tampoco es heroína, tampoco es santa. No es un caso digno de estudio, es una repetición monótona, vulgar, del hecho eterno.

Cuando quiere ocultar su deshonra, á su marido, le falta talento, le falta ingenio y lo hace de la manera más ridícula, tramando aquel sainete, aquella situación cómica en que el marido acecha la farsa de su honra tras de una cortina, en que éste siente caer, herida ó muerta, á su esposa, en quien empieza á creer á quien empieza á amar de veras, en su engaño y sin embargo no sale del escondite á salvar la vida de quien juzga más tarde digna de levantar un monumento á su memoria; aquel cuadro, por fin, que es la escena más falsa del Quijote.

IV.

El adulterio que se deduce, como integración de los elementos de delincuencia esparcidos por los autos de este feliz proceso de novela, no es siquiera un caso de *dualité*, de coquetería—equivalente moral de la prostitución en las clases acomodadas, según Pablo Mantegassa—es simplemente un fenómeno de sustitución, de subplantación mental, moral y fisiológica de un hombre por otro, en la vida matrimonial, por el procedimiento más natural y más pacífico; el abandono espontáneo del marido y la vida común de la mujer con el futuro amante. Un simple fenómeno de adaptación sexual, en que el fiscal, público ó privado, no puede menos de calificar, en el sentido de afirmar la culpabilidad toda ella para el marido y pedir la absolucíon con toda clase de pronunciamientos favorables para la mujer.

V.

En la antropología criminal del «Curioso impertinente» se encierra á más de una descripción, una enseñanza. Lotario—personaje de segundo orden que solo sirve al autor para esponder por su voz sus teorías, por sus actos la antropología normal de la humanidad entera—sostiene una tesis. «Mira amigo—le dice á Anselmo—que la mujer es animal imperfecto y no se han de poner embarazos donde tropiece y caiga, sino quitárselos.....»

En apoyo de su opinión cita estos versos: «Es de vidrio la mujer»—pero no se ha de probar—si se puede ó no quebrar—porque todo podría ser.—Y es más fácil el quebrarse—» etc. Es la teoría de San Agustín defendida en *De libero arbitrio*, según la cual el hombre después de la caída original se ve irresistiblemente determinado al pecado ó delito—*fomes peccati*—de donde solo puede la divina gracia hacerle libre. Enfrente de esta tesis Anselmo sostiene otra: «Que hay que agradecer, decía él, que una mujer sea buena si nadie le dice que sea mala? Ansi á la que es buena por temor ó por falta de lugar yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré á la solicitada y perseguida que salió con la corona del vencimiento.» Ocioso es

advertir que esta teoría es la que en ciencia política conocemos hoy con el nombre de *liberalismo* según la cual no debe de evitarse el peligro moral, sino dejar que la virtud de cada uno luche contra él hasta vencerle ó ser vencida; teoría que se halla en contradicción con las doctrinas actuales de la ciencia en la moderna sociología criminal.

QUINTILIANO SALDANA.

Madrid 1.º de Abril de 1905.



El mas apuesto mozo de aquel valle
era el sin par Basilio,
el luchador mas fuerte,
el zagal mas temido,
noble con la nobleza del cachorro
fuerte con la pujanza del novillo.

Cantando, le envidiaban las calandrias
de los bosques sombríos,
corriendo, los *rebecos* de las peñas
se quedaban muy chicos,
y tirando á la barra
le admiraban sumisos
los mozos más robustos y briosos
de los pueblos vecinos.

En fin, que en la comarca
cortaba el bacalao el tal Basilio.
Camacho era un ricacho
liberal, vanidoso y presumido
el que para casarse con Quiteria
y hacer una *sonada* en aquel sitio,
mandó alfombrar un prado,
mandó traer manjares exquisitos
y de pollos, jamones y embuchados
colgó las ramas de elevados guindos ..

Y la sin par Quiteria
era una rosa del pensil florido,
una flor de muy pocas primaveras,
guapa, gentil, de hermoso talle y brío.

Es verdad que venía paliducha
á *tomarse los dichos*,
pero ¿á qué novia en vísperas de boda
no sucede lo mismo?
Basilio es de Quiteria—según dicen—
Quiteria es de Basilio,
pero ni éste se casa con aquella,
ni aquella á éste llamará marido.

¿Por qué? Por lo de siempre,

por lo que está muy visto,
 porque Basilio es pobre
 porque Camacho es rico.
 Mas ¡ay! el amor tiene
 recursos infinitos,
 y Basilio apelando á su inventiva
 finge muy bien un trágico suicidio;
 y entonces al mirarlo ensangrentado
 y en el suelo tendido
 Quiteria enamorada
 le da un *sí* acompañado de suspiros,
 un *sí* claro y sonoro
 que resucita al *muerto* (que es un *vivo*).
 Y los grupos se alteran
 y se lanzan mil gritos,
 y en las mismas narices de Camacho
 Quiteria se desposa con Basilio.
 Y prosiguen las bodas comenzadas
 y poco á poco caen los embutidos,
 y Basilio se lleva á su Quiteria
 y Camacho se lleva... *el primer mico*.

I. MARTIN GRANIZO.

A título de curiosidad

Diversas opiniones acerca de quien fué D.^a Isabel

Con el suceso de Ezpeleta y la injusta prisión de Cervantes, se relaciona la historia de una D.^a Isabel que llevaba el apellido Cervantes.

¿Quien fue ésta D.^a Isabel?

Si dispusiésemos de espacio suficiente, seríamos pródigos en detalles acerca de éste asunto; pero debiendo encerrarnos en los estrechos límites de un artículo, tenemos que concretarnos á insinuar lo más saliente, respecto de aquel, siquiera lamentemos no satisfacer nuestro deseo.

Vivía Cervantes en Valladolid, en una casa situada cerca de la puente de madera del río Esgueva; y en la misma casa ocupaba algunos cuartos de ella una D.^a Luisa de Montoja, viuda del cronista Esteban Garibay.

La noche del 27 de Junio de 1605 aconteció que el caballero navarro D. Gaspar de Ezpeleta se hallaba sobre la referida puente en ocasión que un hombre armado llegó y le dijo que se alejara de allí.

No lo hizo así el D. Gaspar; entraron en contestaciones; se batieron y éste resultó herido; y, pidiendo auxilio, se acogió á una de las casas próximas que no era otra que la de Cervantes; quien, en unión de la D.^a Luisa, le socorrió; y ambos le prodigaron sus cuidados hasta dos días después del suceso en que el herido falle-

ció; no sin haber declarado que su adversario se batió como bueno.

El suceso que sumariamente queda reseñado se supone que obedeció á causas amorosas; ignorándose, por el momento, quien fuese la dama que le había motivado.

La justicia comenzó la sumaria en averiguación del hecho; y aunque Cervantes no tuvo en él otra participación que la de haber socorrido al caballero herido, tuvo la desgracia de ser atropellado por el juez y puesto en prisión.

Averiguaciones posteriores aclararon que la dama en cuestión era esposa de un Escribano de punta de Valladolid; y para salvar la honra de un funcionario público de tal valimiento no se encontró víctima más apropósito que el noble caballero que acudió á socorrer al herido.

Ahora bien: éste incidente nos conduce á hacer mérito de otro; cual es el de los amores de Cervantes con una dama de la cual se dice que tuvo una hija llamada Isabel á quien llevó consigo y crió y educó en su casa; siendo aquella, según opinión, la joven que, con aquel nombre, declaró en Valladolid, en el incidente Ezpeleta.

Navarrete cree que ésta D.^a Isabel fué el fruto de relaciones amorosas que á Cervantes se le atribuyeron con una dama portuguesa; porque haciendo el cómputo de la edad de la joven, coloca á Cervantes en Lusitania al tiempo del nacimiento de la niña.

Sin dificultad pueden admitirse no uno, sino muchos episodios de amores en la vida de nuestro escritor y soldado; porque en efecto, que Marte y Apolo fueron siempre satélites de Venus; y por otra parte él mismo dice que todos los poetas son enamorados.

Se ha dicho también que Cervantes en Argel, tuvo amores con aquella Zoraida que introduce en la historia del Cautivo; y que fruto de ellos fué la D.^a Isabel.

Sospéchase por otros que la madre de ésta —persona de distinción— profesó, andando el tiempo, en el mismo convento de la Trinidad donde su hija había tomado el velo; y no falta quien crea que la mujer que más amó Cervantes, dejó el mundo y sus vanidades por el seguro asilo de Santa Paula.

Como se vé, por lo discorde y vago del fundamento de éstas congeturas, no ha habido punto seguro á que atenerse; y de idéntica manera podrían fraguarse infinitas presunciones de éste género.

—Pero ¿es que realmente, no hay fundamento alguno? Es que Cervantes quiso encerrar en profundo secreto la historia de su corazón? Es que no existe en sus obras la menor indicación, ni la más leve alusión á éstas aventuras?

Nada menos que eso; porque en puridad de verdad, en sus obras y en las de su disfrado

enemigo Avellaneda puede encontrarse materiales, por lo menos para conjeturas más bien fundadas que las de que queda hecho mérito.

Por de pronto puede partirse de un hecho cierto; cual es el de que en 1605 vivía Cervantes con una joven que se dice su hija *natural* y que podría tener, por entonces, veinte años, poco más, ó menos; de modo que su nacimiento coincide con aquella época en que Cervantes concluía el período aventurero de su vida; pues que hacia el 1584 cuelga su yelmo y su espada; si bién, al poco tiempo, abandona la corte; se separa de su familia y se encamina á Andalucía, corriendo nuevas aventuras.

Cervantes, en algunas de sus producciones y señaladamente en las de *El Titiritero* y «Los Perros Mahudes» habla de una D.^a Pimpinela de Plafagonia compañera de la *Moza gallega* que servía en el *mesón de Valdeastillas*; y Avellaneda, en su Quijote, consigna el párrafo siguiente:

«Pero, como tarde la locura se cura, dicen que, en saliendo de la Corte, volvió á su tema (el hidalgo) y que comprando otro mejor Caballo, se fué la vuelta de Castilla la Vieja; en la cual le sucedieron estupendas y jamás vistas aventuras; llevando por escudero (nótese bien) á una moza de soldada que halló junto á Torrelodones vestida de hombre; la cual iba huyendo de su amo, porque, en su casa se hizo, ó la hicieron embarazada, sin pensarlo ella; si bien no sin dar cumplida causa para ello; y con el temor se iba por el mundo.

»Llevóla el caballero, sin saber que fuese mujer, hasta que vino á parir en un camino, en presencia suya, dejándole sumamente maravillado el parto y, haciendo grandísimas quimeras sobre él, la encomendó hasta que volviese, á un mesonero de Valdeastillas, y él sin escudero, pasó por Salamanca, Ávila y Valladolid, llamándose el Caballero de los trabajos; los cuales no faltará mejor pluma que los celebre».

Ahora bien: lo primero que importa hacer notar es que Avellaneda no se refiere en el párrafo transcrito al *personaje ficticio, al héroe loco*, cuya historia ha terminado; sino al mismo Cervantes á quien ha dirigido marcadas alusiones en el discurso de su obra.

Cervantes y Avellaneda hablan, pues, de una mujer que estaba en el mesón de Valdeastillas; y Avellaneda dice que era *moza de soldada* que halló en Torrelodones huyendo en hábito de hombre por la causa mencionada; y Cervantes, al hablar de tal mujer, no dá á entender que fuese *moza de soldada*; puesto que, en tal caso, hubiera dicho *moza del mesón de Valdeastillas*, sin buscar el rodeo de decir que era *compañera de la que servía en dicho mesón*.

Por lo demás, el mismo Cervantes compuso

una historia verosímil en «*La Ilustre Fregona*» en que se vé á una doncella de elevada familia sirviendo en Toledo en la posada del Sevillano y compañera también de una moza gallega.

Constanza, que es la heroína de esta novela fué, así mismo, encomendada al mesonero como lo sería, la hija de la fugitiva y como lo fué ésta misma.

En suma: Cualquiera que fuese su linaje y categoría, es indudable que Cervantes, en Los Perros Mahudes y Avellaneda, en el final de su novela, se refieren á una misma persona que vivía ó servía, ó fué la encomendada á un mesonero de Valdeastillas.

Esta persona fué llamada D.^a Pimpinela de Plafagonia, nombre festivo que conociendo la historia de tal mujer, se comprende porque Cervantes se le diera.

La Plafagonia se supone un territorio fabuloso—como el de Jauja—en el que parece que están invertidas las leyes naturales; toda vez que allí los seres se dice que vivían y se procreaban fuera del orden común; saliendo los peces de la tierra, los cuadrúpedos de la mar y aconteciendo otros raros fenómenos análogos; así se comprende que Cervantes llamase á tal mujer D.^a Pimpinela de Plafagonia, atendiendo á que estaba en traje de hombre y que de improviso la asaltó el parto en el camino; siendo éste suceso parecido á los que se dice ocurren en el fabuloso territorio mencionado.

¿Cuándo tuvo lugar el suceso de que se trata? Avellaneda le coloca después de las aventuras de Cervantes; cuando ya había *sentado el pié en la Corte*, si bien cansado ó disgustado de ella, ó por un repentino cambio volvía á su antiguo tema que era la vida aventurera.

Para Avellaneda la primera salida del Quijote y su serie de aventuras simboliza la primera salida de Cervantes en busca de empresas: por lo tanto, el fijar la época del suceso de D.^a Pimpinela después de que Cervantes salió de la Corte y volvió á su tema, ésto es; en 1586—en que sale de Madrid y vuelve á su vida inquieta y errante—coincide perfectamente en la edad que, á vivir la criatura encomendada al mesonero de Valdeastillas, tendría en 1605; esto es: 20 años poco más ó menos; que es la edad declarada, en ésta época, por la joven que, con el nombre de Isabel y llamándose hija natural, vivía en Valladolid en compañía de Cervantes.

¿Sería ésta Isabel la que nació en el campo yendo su madre en hábito de varón y en clase de paje, criado ú escudero de Cervantes?

Nótese que Avellaneda indica que el caballero *prometió volver por ella*; y es muy posible que, al volver Cervantes por Valdeastillas, re-

cogiera y llevase consigo solo á la hija; puesto que es de presumir que la madre hubiese desaparecido, siguiendo su vida aventurera, ó por haber encontrado al amante que la abandonó.

Por lo demás, es presumible que la Doña Pimpinela fuera persona de familia noble; pues en la condición de *moza de soldada* no tendría tanto interés en no ser concida; ni de serlo habría de esperar más daño que el causado.

Probable es, así mismo que la mujer de quien se trata desapareciese y dejara, en el mesón, el fruto de su extravío; y.... ¿sería improbable que Cervantes, cuya condición era la de *echar sobre sí cuidados ajenos*, al ver á la niña abandonada é ignorando quienes eran sus padres, la diera el nombre de hija á trueque de hacer notorio el suceso de su nacimiento?

Estas son las fundadas conjeturas que brotan de la confrontación de dos pasajes en Cervantes y Avellaneda; los cuales se refieren á un mismo suceso y á unos mismos personajes; pero claro es que nada puede afirmarse, sin riesgo de incurrir en inexactitud.

En la estraña y misteriosa aventura que Cervantes juzgó digna de recordación, su papel no parece otro que el de Caballero que protege á una mujer desvalida y desgraciada.

Por lo demás, si algún otro indicio existe del rendimiento de su corazón á una belleza se encontraría en la novela de «La Española Inglesa»; cuento que formó de un acontecimiento verdadero; y por donde se podría conjeturar que Cervantes fué apasionado de una prima de la heroína Isabel que luego tomó el hábito en el monasterio de Santa Paula.

.....

Otros derroteros podríamos tomar y otra pista seguir que pudierà esclarecer algo más el asunto de que nos hemos ocupado; pero, demasiado largo ya éste artículo, tenemos que renunciar á nuestro deseo.

Ya veremos si se nos presenta ocasión para realizarle; porque, en tal caso, la aprovecharíamos.

CECILIO D. GARROTE

La sobrina de D. Quijote



I

Tenía una sobrina DON QUIJOTE, heredera forzosa de su dote; por que no consta que tuviera hijos, que, al menos, fueran herederos hijos.

Y esta sobrina, que, sin duda, era hermosa cual la misma primavera, tocóme en suerte, en la que aquí se hizo; suerte que á mí de pleno satisfizo.

Porque siempre es fortuna, y no pequeña, mujer, al sortear, haber por dueña la más joven, y, es claro, más lozana, como lo es la sobrina de *Quijana*.

Pues, si es que no exceptúo á la Marcela, cualquiera pasaría por abuela, de las mujeres que EL QUIJOTE cita: la sobrina es, pues, una margarita.

¿Margaritas á puercos? dice Sancho. Pero ¿qué lo he de hacer? yo estoy tan ancho. Prefiero, siendo puerco, á la sobrina del QUIJOTE mejor que á una *cecina*.

Héle, pues, sin buscar á su pareja, con la sobrina de QUIJOTE en reja, haciendo de Tenorio, á quien la suerte invita, que con todos se divierte.

Pero el caso es que á mí me pasa ahora lo que al galán cobarde que, aunque adora, no sabe cómo comenzar su plática y toma una actitud estática.

Y para menos no es ¿Yo qué la digo á la buena sobrina, que persigo, del INGENIOSO HIDALGO DE LA MANCHA? ¡Vaya un principio, comenzar por *plancha!*

Por que téngase en cuenta, que ni el mismo QUIJOTE en tantos lances de heroísmo, de aventuras, de empresas, y desmanes, ha dejado ni huella de los manes de su adorada y juvenil sobrina, que el hado tras los siglos me destina, para yo en mi ideal rendirla culto, por lo que tengo que adorarla á bulto.

No me dice ni cómo se llamaba, ni lo hermosa y gentil que era ó estaba: ni lo discreta que era, ni lo mucho que la quiso el HIDALGO larguirucho

Ni dice el capital, cosa importante, que mira hoy todo caballero amante, conque contar podía para el caso de que me case yo, sinó fracaso.

Por que pudiera ser que la sobrina me diera á mí contestación mohina, y me hiciera volver grupas más pronto que si en el propio *Rocinante* monto.

Y más en la ocasión en que me hallo que ni en tren, ni escotero, ni á caballo puede amor contratar con guapa ó fea, porque tengo elegida *Dulcinea*

Me pasará lo mismo que á QUIJOTE con Maritornes cuando anduvo al trote, que, aunque veía cosas que no digo, tuvo que limitarse á ser testigo, y sufrir una zurra para él solo, no sé si por muy listo ó por muy bolo.

Lo cual que yo para esquivar la zurra, no quiera Dios que lo que á él me ocurra.

II

Mas, si el historiador en nada miente,
no llega mi predestinada á veinte;
y eso es un incentivo que me pica
y que me arrastra á requebrar la chica.

No pude averiguar cómo se llama,
ni la sobrina ni su dueña y ama;
ni el pueblo de dónde es, ni donde vive:
en fin, que mi amor de hoy ni aún se concibe.

Héme, pues, ya montando en bicicleta
por la Mancha buscando á mi coqueta;
que es verídico solo, que en la Mancha
es donde vive quien mi amor engancha.

Y héme aquí convertido en un QUIJOTE
desde el mismo zancajo hasta el cogote
buscando ahora en la región manchega
la que con su hermosura me doblega.

Perdóname, mujer, perdonadme, hijos,
que me meta yo en tales enredijos;
por que al fin, DON QUIJOTE era soltero,
mientras yo soy casado aventurero:
pero, pues, es la suerte quien me lanza,
en torneo de amor rompo una lanza.

Si la sobrina de QUIJOTE cede,
posible es que con ella allá me quede;
pero, si á mis requiebros se muestra hosca,
por segunda vez, no la hago la rosca;
sino que, *adiós* diciéndola, al momento
vuelvo de mi aventura tan contento.

Hay, pues una esperanza, que consiste,
en si á mi amor se entrega ó se resiste.

La escribiré una carta ¿Pero cómo
si de la dirección no hay ni aún asomo?

--¡A la Mancha, á la Mancha! En busca de ella,
siguiendo de *Azorín* la insulsa huella.

III

Noche de luna: los rumores siento
de amorcillos flotar, como un lamento.
En frente á un caserón con ancha puerta
rezonga un can; la calle está desierta.

Sombrea un tejadillo la ancha entrada;
una ventana al lado de él cerrada,
con unas rejas fuertes y mohosas,
que alhajas deben de guardar preciosas.

Tomo el laud; el corazón me late
de miedo y de rubor, me siento vate.
Templo, pulso, medito, arreglo, entono;
del amor me encomiendo al gran Patrono
San Antonio bendito, á quien recito,
y juzgo que me oyó el Santo Bendito.

*
*
*

Sobrina de DON QUIJOTE,
que no sé cómo te llamas
de bautismo ni de mote,
dime: ¿me amas?

Que en busca de tí vengo
desde Castilla;

asómate á la reja
pronto, chiquilla.

*
*
*

Más pronto mi canción se hubo sentido
los perros ladran, escuché un ronquido,
un movimiento de quien está en cama
y un ruido impropio de *trastera* dama.

Tan desilusionado quedé al punto,
que estuve por abandonar mi asunto

Mas como tal asunto era muy serio,
me puse en facha y repetí el salterio.

*
*
*

Dama que estás en el lecho
dime si el ruido escuchado
es sentido *do* de pecho
ó fué algún *preso* escapado.

Por que el que te enamora
hoy á la reja

tiene para los ruidos
muy mala oreja;
pero narices

si las tiene.... y cuidado
con los deslices.

*
*
*

Hago una pausa, siento como rechina
la cama en que supongo á la sobrina
del INGENIOSO HIDALGO *Tío* QUIJOTE,
y el corazón procuro no se alborote.

Mis ojos en la reja mantengo fijos,
y percibo que quitan unos clavijos
al interior de aquella vieja ventana,
y ya espero ver una visión lozana.

La luna dá de frente, todo es propecio;
ya entre una y otra hoja hay un resquicio.

Hinco yo mi rodilla con gran respeto:
abren, miro.... y diviso un esqueleto,
y una voz en los aires suena estridente,
que al trovador saluda con lo siguiente.

IV

—Quien con su dulce música dá serenata,
sepa que aquí no vive ninguna ingrata.

Yo no sé si decirla vieja ó tasajo
y ante aspecto tan feo la vista bajo.

--Hable el galán, prosigue, que ya le escucho,
pues debe ser en tales empresas ducho,
por que á mí me ha encantado desde el instante
que le oí y esto hizo que me levante.

—Pero, dígame, espectro ¿yo con quién hablo?
¿es abuela ó sobrina, mujer ó diablo?

—No es sobrina ni diablo, ni es abuela:
siga, galán bizarro, su cantinela.

--¡Por Dios! que si no dice con quien converso!...

—¡Ande, doncel gallardo, cante otro verso!

—No me inspira la musa (mi alma se hiela).

—Me basta con el toque de la vihuela.

—¡Que te toque el demonio, hermano tuyo,
y Satanás te cante, porque yo huyo!

—Tenga algo de paciencia su merced. Siga, si quiere que mi nombre ó quién soy diga.

Como, quien aventuras busca, no debe cejar, aun cuando el mismo diablo le lleve, cojí el laud, mas tanto se estremecieron mis dedos que las cuerdas se me rompieron.

Fuí á cantar, pero un nudo en la garganta se me hizo ante aquella visión que espanta.

Viendo la condenada que no rompía yo con la cantinela que me pedía, alargóme una mano, cual rama seca, y dijo con acento de caña hueca:

—Si buscáis aquí amores, sois muy dichoso, pues nunca por ventura gocé de esposo. Tal esfuerzo hizo para decir tal frase, que la tós la ahogó antes de que acabase, y me soltó un esputo como una ostra, con limón y con caldo, con coco y costra.

Huyo, mientras esclama:—¡Ven dulce dueño que lo que hasta ahora viste ha sido un sueño; ven y verás ahora cómo aparece lo que tu gentileza bien se merece!

Que esta casa encantada tu no conoces: aquí han pasado siempre cosas atroces. Ven, Adónis, ven, bardo, vuelve, mancebo, y hallarás, el que buscas, amante cebo.

Me restrego los ojos; de mala gana y, escamado, regreso á la ventana, por entre cuyas rejas veo, á la luna, representarse el hada de mi fortuna.

V

Rayos de amor despiden sus bellos ojos; ante ellos encantado caigo de hinojos. —Canta, mancebo, suena de su garganta una música angélica.— Mancebo, canta.

* * *

Tu eres la que yo buscaba,
tu eres á la que yo adoro,
tu el ideal que yo amaba...,
(Mi visión me hacía coro;
y, á la vez que me escuchaba,
decía también—¡Te adoró!)

* * *

Creí volverme loco en el instante en que de tal belleza miré el semblante; por que bien capaz era tal hermosura de llevar á todo hombre á la locura.

—Levanta la rodilla, galán y toca, que en premio te dá un beso mi propia boca; pues bien se lo merece quien de tan lejos va buscando una estrella por sus reflejos.

Atónito escuchaba tanta ternera y creí estar perdido de la cabeza, sin dar cuenta que estaba de hinojos, hasta que la visión me dijo—Mancebo, basta:

Acércate á la reja y el premio toma de esta flor, cuyo cáliz para tí asoma.

Y, á la reja agarrados, los dos nos dimos dos besos que... de gusto nos relamimos.

Pero ¿quien sois, divina beldad?, pregunto; porque, ó sois angel propio ó de él trasunto.

Una risa discreta, tan armoniosa como arpegio del ave mas sonora precedió á su palabra dulce y sentida, cual suspiro que arroja amor y vida.

—A quién es á quien buscas, doncel, primero, si no hay inconveniente, saber espero.

Súbite contestela —Yo busco una doncella encantadora como la luna, que besa las mejillas hoy con sonrojos, de la luz envidiosa que dan sus ojos.

—Y ¿quién es? ¿donde vive? ¿cómo se llama esa tan venturosa y oculta dama?

—Yo no sé ni su nombre ni donde vive: se que es la más hermosa que se concibe.

—¿No teneis ni un diseño, por el que sepa yo la dama á que suerte tan grande quepa?

—Solo sé que reside aquí en la Mancha la que mi alma anhela, mi pecho ensancha; la que me tiene preso de amor en redes; la que es dueña absoluta de mis mercedes.

—Dad siquiera un vestigio que me denote

—¡Solo se que es sobrina de DON QUIJOTE! De ese gran caballero tan esforzado, que tan grandes fazañas ha realizado (que mi magín á ellas siquiera alcanza,) solo y acompañado de SANCHO PANZA.

Carcajada argentina sonó de pronto; yo quedé, al escucharla, confuso y tonto; y de seguro caigo, si ella me deja desagarar mis manos de aquella reja.

—¡Calmad, calmad, repuso, con tal sonrisa, que recobré mi ánimo á toda prisa; calmad vuestros afanes que, al «estricote», mirais á la sobrina de DON QUIJOTE!

Y si es á la que Lusca vuestra alma herida la hallais también con alma muy dolorida, devolviéndoos gustosa su amor intenso por vuestro amor rendido, también inmenso.

—¡Dichoso de mí, dije, que ya he encontrado á la luz de la luna, mi bien amado!

—¡Dichosa yo, que he visto, repitió á coro, al que, sin conocerle, con mi alma adoro.

—Pero, dime, bien mio ¿quién te encantaba á la segunda endecha que yo entonaba?

Una risa burlona, pero muy afable, precedió, y luego dijo:—Permitid que hable:

Aquí no hay brujerías ni encantamientos; lo que á su merced digan, todos son cuentos.

—¿Como? ¿Si eso lo han visto mis propios ojos al descorrer no ha mucho esos cerrojos?

Otra risa burlona, tras pausa leve, salió de aquellos labios de grana y nieve, y en la sonrisa envuelto, como en capullo, salía de su boca aqueste arrullo.

VI

—Cuando tu aquí llegaste yo estaba en sueño contigo delirando, mi dulce dueño.

Yo dentro de la alcoba tengo mi cama, la de junto á la reja es la del ama, que, vieja, y con deseos nunca cumplidos, aun piensa que hay galanes por ella heridos; y cuando yo di cuenta, y mientras tanto que yo me procuraba mi toca y manto, salió la pobre vieja .. ¡Y á tí corriendo ví, como corzo herido, cual ave huyendo!

Dí un suspiro: quedeme tranquilo al punto y proseguí:— Pues, vamos á otro asunto.

Yo vengo de Castilla, mas no por veros, sino, bien de mi vida, por poseeros; y es preciso cuanto antes saber el modo de que para poseeros se arregle todo.

Inclinó su cabeza desfallecida y con voz contestóme, muy condolida

—Caballero: en el alma siento deciros que, aunque soy de vos rehenes, teneis que iros, sin tener ni uno ni otro por hoy tal suerte...

Oí desconsolado; quedéme inerte ante aquella rotunda respuesta y dije: —¿No quereis complacerme?.. Piensa y se aflige, y por fin la cuitada prorrumpió en llanto, que produce en mi pecho hondo quebranto.

—Yo bien accedería á tus anhelos; pero no tengo madre, padre ni abuelos. Mi tío DON QUIJOTE, mi único amparo es, y tiene por cierto genio muy raro, y contar con él debo tan grave asunto, y decirle las cosas punto por punto

—Justamente, repuse, yo lo comprendo. Desde ahora lo debe de ir sabiendo.

—El caso es que mi tío no se halla en casa. En busca de aventuras se fué y se pasa á lo mejor el año por allá entero, sin saber por dónde anda con su escudero.

Yo bien te complaciera, dulce amor mío, pero hay que esperar hasta que venga el Tío.

Quedéme como el hielo; la dí un abrazo y para indefinido, dudoso plazo han quedado mis nupcias con la sobrina de DON QUIJOTE ¡aquella joven divina!

DANIEL CALVO.

OTRO PENSAMIENTO

Cervantes, el inmortal autor del *Quijote*, no sólo se hizo acreedor á la admiración de los siglos, por haber compuesto el libro más hermoso en su género de cuantos se han escrito en el mundo, y al aplauso de las letras, por haber «puesto en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías», sino también á la gratitud de la humanidad, por haber hecho asomar la risa á los

labios á millares de lectores, realizando de maravillosa manera lo que aconseja á los escritores de libros de entretenimiento, cuando dice: «Procurad también que leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva á risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla.»

A fé que bien pudo «exclamar el héroe de su novela: *No hay otro yo en el mundo.*

MARCELO MACÍAS.

MARITORNES

Soneto con estrambote

*Ancha de cara, llana de cogote,
de nariz roma, del un ojo tuerta,
montón de carne sobre un alma yerta,
hediendo á la cebolla del jigote;*

de su pasión hombruna af estricote
y al carnal apetito siempre alerta,
es la hembra encelada que despierta
en *infausta ocasión* á DON QUIJOTE.

La ase el héroe manchego con ternura,
y, allá en su extraviada fantasía,
de aquel dechado de materia impura,
la fetidez le hiede á regalía,
toma la fealdad por fermosura,
y el desgarrado audaz por gallardía,
porque es cosa segura,
que mirando al través de un buen deseo
nada hay de ruin, deforme, impuro y feo.

BENITO BLANCO Y FERNÁNDEZ.

Marcela



«Yo nací libre, y para poder vivir libre cogí la soledad de los campos: los árboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destes arroyos, mis espejos: con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura».

«Tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen, es á contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma á su morada primera».

(D. Quij. — Parte 1.ª, cap. XIV.)

Renace la antigua Arcadia en las quebraduras de la sierra manchega; parecen despertar de largo sueño y despezarse sobre los brezos,

besando el follaje de las encinas robustas, brisas que acariciaron los rostros de Simetas y Cloes, Amarilis y Galateas, y vuelven á reinar, entre los perfumes silvestres del romero y del cantueso, de la retama y del tomillo, de las margaritas y de las adelfas, los espíritus plácidos y melancólicos de Teócrito, de Bión, de Mosco, de Virgilio.

Marcela es la heredera de las heroínas de idilios y églogas, y al dulce misterio de las naturalezas semidivinas de las míticas hadas, sucede el de una compleja psicología femenina.

Cervantes, en efecto, nos presenta á la pastora Marcela, en el lindísimo y tierno episodio de su obra inmortal, en una discreta penumbra, en un suave claro-oscuro, vaga, incierta, indefinida, dejando apenas adivinar, á través de su silvestre fiereza ó de sus razonamientos acaso de sobra lógicos, su alma velada entre brumas sutiles, meciéndose sobre las olas espumosas en plena luz de ideal, como Afrodita naciente.

¿Qué sabemos de Marcela en su aspecto físico? Apenas otra cosa sinó que era un prodigio de hermosura. «Creció con tanta belleza que hacía acordar la de su madre, que la tuvo muy grande, y con todo se juzgaba que le había de pasar la de la hija; y así fué, que, cuando llegó á edad de catorce á quince años, nadie la miraba que no bendecía á Dios que tan hermosa la había criado, y los más quedaban enamorados y perdidos por ella». Dos docenas de altas hayas nos mostraban en sus cortezas grabados el nombre de Marcela, y, sobre él, una corona, «como si más claramente dijera su amante que Marcela la lleva y la merece de toda la hermosura humana», y, cuando se apareció como «maravillosa visión», en el sepelio del desdichado Grisóstomo, para sincerarse de las inculpaciones de sus adoradores, vieron los que no la conocían que era «tan hermosa, que pasaba á su fama su hermosura».

Fuera de esto sólo sabemos que eran azules, de claro azul, los ojos de la bella pastora. Grisóstomo, en la *Canción desesperada*, nos lo dice:

«... si por dicha conoces que merezco
que el *ciel claro* de tus bellos ojos
en mi muerte se turbe»

¿Era rubia, morena, trigueña? ¿Aureos, negros, castaños, en sus cabellos? ¿Cómo soñó Cervantes su figura y su porte?

Algo más, mucho más sabemos de Marcela moralmente considerada, aunque, en verdad, más bién que muchas de sus cualidades objetivas, conocemos la opinión que de ella tenían sus admiradores y sus convecinos.

Honesta y recatada, no esquivaba la compañía de pastoras y pastores, mientras éstos no salen de los límites de una buena amistad;

antes con su afabilidad atrae á servirla. Sin mancha su virtud, es tal que «la misma envidia ni debe ni puede ponerle falta alguna», que ella, á pesar de su libre condición, sabe velar con recato y recogimiento por su honra, y nadie puede alabarse ni aun de haber merecido una mirada suya.

Con su virtud corre parejas su discreción. ¿Cabe nada más discreto, más juicioso, más convincente que sus razones para demostrar que no en la gratitud debe tan sólo el amor sustentarse, y que ella no está obligada, por ende, á corresponder al amor de los que por hermosa la aman?

Quizá en esa excesiva discreción está el único defecto del amable y simpático personaje del cuento cervantino. Es demasiado *lógica* la hermosa Marcela; es harto dialéctico su discurso, calcado demasiado implacablemente en los silogísticos moldes del rancio escolasticismo: sus mismos pensamientos, más desordenados, más sin hilación, fluyentes como borbotones del sentimiento, conservarían mejor la poesía, el encanto, la melodía, el perfume en que se impregnaran al surgir por entre dos labios de grana.

Huye de la coquetería, de las vanas lisonjas de la admiración, de las frivolidades femeninas.

Pero es refractaria al matrimonio, más aún, al amor. . . Al ménos no halla quien sepa despertarlo en su alma, y, naturalmente, desdén y aleja de sí á sus rendidos adoradores. Y entonces Marcela es para unos desdeñosa, para otros ingrata, para todos cruel, y para los que, sin penetrar en las sinuosidades de las almas elegidas, se contentan con la ordinaria superficie del término medio de la vulgaridad, es altiva, de salvaje y fiera condición difícil de domar, incomprendible, loca tal vez.

¿Por qué esa aversión al matrimonio, al amor más bien, cosa tan extraña en sér humano? Acaso ella misma, en su largo monólogo ante el cadáver de Grisóstomo, nos dé un rayo de luz que, como breve relámpago, alumbre por un momento las sombras en que su alma se esconde, y nos permita adivinar algo que late en sus abismos.

No abomina los terrenos amores; ni una sola palabra de condenación para el sublime sentimiento sale de sus labios. No es, pues, la histérica perturbada que busca los extravíos de su instinto en místicimos religiosos, lejos del mundo y de la vida: hubiérase entonces encerrado en la pesada y sombría soledad del monasterio. Pero ella, al contrario, quiere vivir en perenne y constante comunión con la naturaleza en su esplendor salvaje; gusta de la honesta conversación con las zagalas, sus compañeras, alégranla sus cabras, y siente sin duda

el encanto poderoso de la naturaleza cuando, en la dulce soledad del monte, perdida entre las encinas del bosque al tamizar sus hojas las luces agonizantes del ocaso, aspira con delicia los aromas bravíos de las plantas silvestres, y escucha la sublime sinfonía que se eleva de la tierra al cielo, cantada por las brisas salmoldiando entre las hojas, y las aguas de los claros arroyos arpegiando notas de cristal al saltar entre las piedras del lecho, mientras en la lejanía, entre apagadas notas de esquilones, una voz lánguida deja oír los acentos de melancólica canción, cuyos ecos arrastran las ráfagas juguetonas.

Acaso Marcela, espíritu culto y elevado, es soñadora; quizá, latentes en su alma, duermen imprecisas idealidades de amor; tal vez alguna dueña vertió en sus oídos de niña fantásticas narraciones de encantados príncipes, y espera, sin saberlo, la concreción real de sus ensueños y esperanzas en un mancebo hidalgo arrancado de un cuento azul; tal vez sus idealismos son vagas intuiciones inconscientes de amor y felicidad inefables. . . . Entonces Marcela es una mística del amor, pero del amor sano y sexual, sin otro extravío que el de darle alas cuando sólo raíces necesita.

Es posible que Cervantes no pasara en su pensamiento de la superficie que pinta; pero no puede suponerse que en Marcela trató de presentar un extraño tipo híbrido de mujer esquiva, huraña, que huye del amor y de los instintos de la naturaleza; si pensó en el fondo de su carácter, fué, sin duda, como mujer superior, noble y por cima de convencionales miserias; así lo abonan, según sus mismas palabras, su amor á la libertad de la vida campestre, á la soledad de los campos, á los árboles, que eran sus amigos, á las aguas, que le decían sinceramente su hermosura, á las montañas que se elevan al cielo como estáticas y silenciosas oraciones de piedra del espíritu gigante que anima el mundo. . . . Sí; su alma está consagrada al ideal ¿Por qué, si no, abandona la sosegada comodidad y el prosaico regalo de su vida mediocre y burguesa y de sus riquezas, para hacerse pastora y correr por montes y valles? Es que laten en su alma anhelos de bucólica heroína; es que prefiere y busca la libertad y la poesía del campo y del cielo en medio de la naturaleza no profanada por los artificios humanos, lejos de la urbana vulgaridad, para confundirse y aniquilarse en su calma majestuosa, en su nirvánico bienestar, como si, pobre espíritu atormentado por su miseria, sintiera en sí vagamente *el pecado de la individualidad*, y ansiara volver á lo absoluto y desvanecerse en su paz augusta.

Y, tras su breve presentación á D. Quijote y á sus acompañantes, huye la hermosa pastora

y vuelve á perderse en el misterio de la selva. ¿Qué fué de ella después? ¿Prosigió en su libre existencia por valles y montes? ¿Continuó su alma soñando en imposibles realidades de dicha y de amor? ¿Volvió acaso sobre la tumba solitaria de Grisóstomo á derramar lágrimas de amor póstumo, y tal vez enloqueció ante la bella realidad que había huido irrevocablemente, matando una esperanza que naciera en su corazón tardíamente, como flor de otoño?

Marcela no fué comprendida por su tierno amante, que se mata ó se deja morir por despecho de sus desdenes ¿Por qué así, cuando el mismo Grisóstomo pensaba:

«Diré que va acertado el que bien quiere,
y que es más libre el alma más rendida
á la de Amor antigua tiranía»?

Marcela, como mujer, es digna de ser amada siempre, de lejos, en silencio, sin esperanza, y de que suspiros, y quejas, y dolores le sean enviados por su amante, en la fría noche, en la plácida mañana, en la tarde ardiente, en el ocaso melancólico, «en amorosas canciones y desesperadas endechas»; como se aman románticamente todos los ideales inasequibles.

Como símbolo, quizás inconsciente, Marcela es la eterna Dafne del ideal, perseguida por Apolo, jamás alcanzada, y con un Peneo paternal en cuya orilla puede transformarse en la rama de laurel con que vanamente ornamos luego, orgullosos, nuestras sienes.

PUBLICO SUÁREZ URIARTE

Hijos de España

En el mundo ideal de su quimera
al raudó vuelo de gigantes atas,
salva distancias que separan tiempos
el desmedrado hidalgo de la Mancha.

Yo le veo oprimiendo los hijares
del hético rocín en que cabalga,
castigando doquier las sinrazones,
entuerto desfaciendo con sus armas,
de soñados amores *mal ferido*
perseguido de dueñas y de damas,
maltratado por rústicos yangüeses,
encantado indefenso en una jaula.

Un nombre por los ecos repetido
al aire dan las trompas de la fama,
que dicen que Cervantes solo *hay* uno,
y ese nacido en nuestra noble España.

FRANCISCO ROA DE LA VEGA.

ALTISIDORA

Entre los muchos y espléndidos retratos que, formando conjunto maravilloso, contiene el libro de Cervantes, allá en el fondo, medio oculta por las penumbras de la perspectiva, aparece una figura gentil, apenas esbozada, pero cuyas líneas comienzan á determinarse á poco que entornemos los ojos, mirándola con atención y procurando que no nos distraigan las demás que, llenas de color y ricas en detalle, quiso poner el artista en los primeros términos del cuadro. Esta figura es la de Altisidora, la doncella que servía en el palacio de verano de los duques aragoneses, moza regocijada y desenvuelta, de buen palmito, algo bachillera, perita en el manejo de la aguja de marear, diestra en captarse la simpatía de sus amos y especialmente la confianza de su señora, con lo que, dando pruebas de un conocimiento de la gramática parda, mayor que el que hubiera podido esperarse de sus verdes años, no vacilaba en arrostrar la ojeriza de sus compañeros de servidumbre, que, en las murmuraciones de antesala, acaso la tomaran más de una vez por blanco de sus críticas.

El lector descuidado é impaciente que, dejándose llevar por el interés de la acción principal, conceda poca importancia á los episodios, no verá en el de Altisidora sino una de tantas burlas como en la casa de los duques se hicieron á don Quijote, ni acertará tampoco á ver en la doncella una creación diferente de aquellas contrafiguras de Lirgandeo, Alquife, Arcalaus, Merlin y demás esperpentos de farándula que trajeron la estupenda noticia del desencanto de Dulcinea. Parece, en efecto, cuestión de comedia; todo queda reducido á que una criada alegre, y un tanto desenvuelta, quiere seguir á sus amos el humor, dándoles ocasión de insistir en los impertinentes y poco piadosos solaces que tomaban á costa de la locura del pobre hidalgo de la Mancha; para ello se finge enamorada del caballero, haciéndole creer que se halla rendida á su talento; de este modo, poniendo á prueba su nunca desmentida fidelidad á la dama de sus pensamientos, y hallando ella un pretexto de hacer gala de sus artes, ingenio y disposición, habría motivo más que sobrado para divertidos lances. Esto es todo, y claro es que esto, á primera vista, no parece mucho. Sin embargo, lean los que sepan entre líneas, y verán cómo Altisidora es algo más que una figurilla de leño de las que Maese Pedro manejaba en su retablo; cómo el personaje está hecho de carne y de sangre, y cómo, en fin, puede hallarse en él hasta su correspondiente psicología, según ahora se dice.

Porque Altisidora sólo por pasatiempo simula que está enamorada del hidalgo, pero es lo

cierto que ella se enamora en burla y el hidalgo en serio la desdenea; ella canta mintiendo, pero él responde de veras que adora á Dulcinea y que todas las demás son ante sus ojos feas y necias, livianas y de bajo linaje, con otra porción de lindezas por el estilo de las que es claro que Altisidora se reía, ¿no había de reirse? ¿no faltaba más sino que fuera á tomar á pechos los desdenes de aquel vestiglo!; pero el que conozca los recovecos y rincones, entradas y salidas de la femenina condición, no dudará de que la doncella no hubiera dejado de alegrarse si acierta á conquistar al caballero. Sí; era cierto que se burlaba de él, mas en fingir su amor tuvo que poner toda la gracia é histriónico talento que tenía, apelar á su donaire y elegir entre las palabras más rendidas que pudo encontrar, gracias, donaire y términos que se estrellaron contra la noble fidelidad que el huésped guardaba á la señora de su alma. Posible es que hubiera en el castillo quien pensase que la doncella estaba un tantico dolida, pero si se lo llegan á preguntar, seguramente diputa por gran desatino la sola sospecha de ello: ¡al contrario! lo que tenía eran motivos para compadecer al infeliz demente; porque la moza era lista y sabía muy bien que tales reconcomios, si se ponen en concejo, sólo sirven para que los demás hagan chacota de quien se pica. Pero, cuando estoviese sin más testigos que su amor propio, ¿por qué no había de escuchar lo que el amor propio le decía, y á ser posible hasta darse la interna satisfacción de pensar en el desquite? ¿qué se había figurado aquél hombre? ¿que ella iba de veras? ¿cómo llegó á imaginar, aunque fuese orate, que ella pudo enamorarse de semejante estantigua! Además, hermosa sería Dulcinea, no lo negaba, pero ella ¿era acaso costal de paja? Pequeño fué el rasguño que sufrió su vanidad, pero fué rasguño; la venganza no podía tomarse, pensando con juicio; quizá fuese bastante un buen escarmiento.... Desquite, venganza, escarmiento.... En fin, mejor sería que no se presentase la ocasión de ninguna de estas cosas. Y, claro, como el diablo no duerme, la ocasión se presentó, cuando aquella dueña indiscreta fué á contar á don Quijote ciertas menudencias de la duquesa y de Altisidora que ninguna necesidad tenía de conocer, porque éstas, que escuchaban detrás de la puerta, al ver sus secretillos en la picota, entraron en la estancia y, matando la luz, azotaron á doña Rodríguez, y al desventurado hidalgo, que no tenía culpa alguna, fué acribillado á pellizcos, los cuales, por venir de las delicadas manos de Altisidora, es lícito sospechar que fuesen á cuenta de sus desdenes y en respuesta de aquellos consejos, sanos para el alma pero punzantes para la presunción, que había dado el hidalgo al son de la vihuela.

Márchase don Quijote del castillo, y Altisidora le despide con una serie de maldiciones de gitana, dichas en burla, no hay para qué advertirlo, pero

en las que escogió con especial cuidado todos los malos sucesos, tormentos y desventuras que hubiera podido desearle el que peor en el mundo le quisiera, amén de haber lanzado á su rostro la acusación de un hurto muy bellaco. Y al regresar vencido, sin que la honda y solemne tristeza del hidalgo fuese bastante para hacer renunciar á los duques á sus ridículos pasatiempos, préstase Altisidora á ser protagonista de aquel juicio de Minos y Radamanto, comedia insulsa y mal intencionada en que finge la doncella haberse muerto por causa de los desdenes de D. Quijote y resucitar por virtud de las mamonas y alfilerazos con que sellaron la cara, brazos y lomos del escudero los servidores y dueñas de la casa. Vuelta á la vida Altisidora, va á la cámara del caballero a mostrarle su gratitud, pero á quejarse amargamente de desvío, y en realidad, buscando acaso algún resquicio que hubiese dejado la compasión, por donde asomase la flaqueza humana, para reirse de él en sus honradas barbas tan pronto como le viera vacilar. Pero el resquicio tampoco pareció entonces, por el contrario, el fiel enamorado, espejo de constancia, la desengaña de una vez para siempre, diciendo que él vive y vivirá sólo para la hermosa Dulcinea, y que le baste el desdén sufrido para retirarse á los límites de la honestidad. Con esto se acabó la paciencia de la alegre moza, que, dando al traste con todo miramiento, y escociéndole en el alma la idea de que un hombre, aunque fuese loco, viejo, enfermo y de espantable catadura, pudiera suponer que ella habló y obró de veras, y se prendó de sus gracias, y se enamoró de su gentileza, y fué por él desdeñada, exclama, poniendo el despecho en los labios: ¡Vive el señor don bacalao, alma de almiré, cuesco de dátil, mas terco y duro que villano rogado cuando tiene la suya en hito, que si arremeto á vos que os tengo que sacar los ojos! ¿Pensáis, por ventura, don vencido y don molido á palos, que yo me he muerto por vos? Todo lo que habéis visto esta noche ha sido fingido, que no soy yo mujer que por semejantes camellos había de dejar que me doliese un negro de la uña, cuanto más morirme. Con tales palabras quitóse de un tirón la carátula de doncella rendida de amor y dejó ver su faz de hembra enojada; desapareció la contrafigura y surgió la mujer de carne, con todos sus fueros y arrogancias, lo cual no es de extrañar, porque «las afrentas que van derechas contra la hermosura ó presunción de las mujeres, despiertan en ellas en gran manera la ira.»

Véase, pues, cómo Altisidora no es una figurilla de retablo, que habla por boca del que maneja el artificio y que se mueve por medio de cuerdas alambres y resortes, sino que se mueve y habla como verdadero sér humano, y hasta sería capaz de poner la moraleja de este cuento: preguntela el que quiera y verá que responde, diciendo:

Sean vuestras mercedes, amigos y señores míos, que yo comencé por burla á enamorar á D. Quijote y que él me desdendió, y que yo, á causa de estos desdenes, al cabo sentí algo que al enojo se asemejaba; y sepan también que años después, cuando yo era ya vieja, un clérigo, autor de comedias, dijo en una de ellas que *no hay bur-las con el amor*, y esto, aunque yo no acertase á decirlo entonces, les juro á vuestras mercedes, por el siglo de mis padres, que hube de pensarlo muchas veces.

JULIO PUYOL.

Madrid, Mayo de 1905.

LIBRO DEL HOGAR

De un volumen en que cada letra es un diamante; cada frase un pensamiento; cada periodo una enseñanza y cada página un tesoro, difícil esbozar una idea é imposible compendiarla.

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, de Miguel de Cervantes Saavedra, no basta leerlo, es necesario estudiarlo. Reprodújolo Francia en elegante edición ilustrada en 1622 y no tardaron en seguirla los demás pueblos civilizados.

Ese volumen, pues, que ostenta ese título, pertenece á todos, pero de especial manera, á los españoles por el colorido nacional que en él campea y por el relieve psicológico del medio ambiente donde nace.

No todos los españoles conocen, sin embargo y menos han saboreado el «ensueño idealista fantástico, ni el bajuno y socarrón positivismo que forman la sustancia de esa obra llena de sentencias, de profunda filosofía práctica y arranques de corazón caballeresco, vestido todo con el ropaje del decir jugoso, rebosante y espléndido cual ninguno, con hervores y cambiantes que solazan el oído y subyugan el pensamiento.

Muchos de los que pertenecen á las clases intelectuales, tampoco lo conocen y mucho menos lo sienten.

El *Quijote* debiera ser el libro favorito de todos los hogares.

He ahí nuestra idea.

La Luz de Astorga.

5—4—905.



LA HISTORIA DE LEANDRA

Si yo no fuera naturalmente enemigo de los comentarios, citas y circunloquios con que la crítica al uso suele encubrir la propia esterilidad, y no hubiese aprendido á reírme de ella en el prólogo de la primera parte del Ingenioso Hidalgo, ¡con cuán feliz suceso podría meterme por aquella sabrosa historia de la sinventura Leandra que contó el cabrero con discreción y donosura, y que al señor canónigo le confirmó en la creencia de que los montes crían, no sólo rústicos labriegos, sino doctísimos letrados! Porque debajo de la aparente sencillez, fácil sería hallar en la historia de Leandra el espejo de la humana ambición, que no sujetándose á la vida que le es propia, se lanza tras lo desconocido para venir á dar en aquel horrible paraje en que la abandonó el seductor, desnuda de cuerpo, dolorida el alma y en pleito, muy justificado ciertamente, su fama de doncella. Leandra fué criada en amor por su padre; creció entre riquezas y regalo, viendo aumentar con su hermosura el número de sus amadores. Requeríanla especialmente Anselmo y Eugenio, dos mozos iguales á ella en lo florido de la edad, en lo gentilísimo de la postura, en lo limpio del linaje y en lo bien abastado de la hacienda. Dudaba el padre con quién la casaría mejor; ella, sin embargo, no se conformaba á los amores corrientes y molientes, y miraba con frío desdén á aquellos honrados mancebos. Pero cuando llegó á la aldea el soldado fanfarrón, venido de las Italias y de Flandes, ostentando vistosos aceros y pintadas plumas, refiriendo por lo mínimo nunca cídas proezas de reencuentros y facciones, llamando de vos á sus iguales, tañendo guapamente la guitarra á lo rasgado y componiendo en un santiamén romances de legua y media de escritura, dió con todo el recato patas arriba, abandonó la casa paterna, y, en busca de la felicidad soñada, corrió en brazos del mozo á la más rica y más viciosa ciudad que había en el universo mundo, es á saber Nápoles. Huyó la desenvuelta Leandra en pos de la imaginada quimera; y á los pocos momentos de ser libre, vió derrumbarse todo el castillo de sus doradas ilusiones: el rendido amante tornóse en un muy bellaco ladrón que la robó hasta la camisa y la abandonó en una cueva del áspero monte, sin temer á la justicia de los cielos, ni aun á la más blanda de la tierra. Entonces el padre que la había criado en el regalo y el amor, tratóla con severidad y aspereza, encerrándola en un muy triste convento; y la caterva de amadores que como á señora la contemplaban y servían, hubieron también de apartarse de ella, retirándose á un escondido valle á vivir de los recuerdos y á cantar melancolías y desengaños. Allí decía Eugenio á su cabra fugitiva: «¡Ah cerrera, cerrera! ¡manchada,

manchada!... ¡Sois hembra y no podeis estar sosegada! ¡Malhaya vuestra condición y la de todas aquellas á quienes imitais!»

Los que sean dados al arte simbólico, podrán aplicar este cuento á la humana ambición, encerrada en las estrechas paredes de la realidad: la cual ambición, al desgarrarse de la casa paterna donde la tienen sujeta estas que llamamos leyes del espíritu, vase siempre por el peor camino, y, menospreciado el recato, viene á descarriarse y perderse para todos los días de su vida, dejando tras de sí larga cuenta de lágrimas, suspiros y maldiciones.

Pero los que rastreamos por el bajo suelo gustando más de los vallecicos humildes que de las soberbias alturas, no penetramos el sentido esotérico de la historia de la antojadiza Leandra; y al oirla tal como el cabrero se la contó á los que estaban con Don Quijote, nos contentamos con el decoro de la composición, la honradez y honestidad del fin, la sublime indulgencia de sus máximas, la apacible majestad de su estilo, la suave amargura que como un real manto la ennoblece, y la divina elocuencia que, como arroyo de leche y miel, por toda ella serena y abundantemente discurre.

Díganme vuestras mercedes si esto no vale más que todas las arcanas interpretaciones y fáciles filosofías, con que los comentadores quijetiles pretenden deslumbrar al antiguo legislador que llaman vulgo.

ALVARO LOPEZ NUÑEZ.

Madrid-Mayo 1905.

UN IDEAL

Es el *Quijote* un libro cuyo fin sociológico puede tener aplicación en cualquier tiempo, de igual modo que los *Evangelios*, en lo referente al BIEN.

Enseñannos los ensueños forjados bajo los auspicios de ilusoria ó fantástica *Dulcinea*, que en la mente de todo hombre existe un IDEAL que le impulsa constantemente á su realización.

Y si el númen de Cervantes hubiese acariciado la idea de censurar á uno de los *Quijotes* que por aquel entonces gobernaban allá, en las *Insulas* de Colon y Vespucio, seguro estoy de que sus punzantes sátiras hubiesen sido esculpidas con letras de oro y servido de *oráculo*, y de que el pendón Castellano se izaría aun hoy en los dominios todos que la *Católica* Isabel legó á la Nación Española.

ANTONIO A. ALONSO

Astorga y Mayo 1905

La Duquesa

Se observa en las novelas del inmortal Cervantes que la mayor parte de las mujeres que nos presenta son bellísimas, hermosas, de gran donaire. «*Hermosa y discreta*»—«*entre cuantas hermosas y discretas pudiera pregonar la fama*» es Preciosa protagonista de LA GITANILLA DE MADRID.—*Que era la más perfecta hermosura que tuvo la edad pasada, tiene la presente y espera tener la que está por venir*» dice de Leonisa en «EL AMANTE LIBERAL. De incomparable hermosura llama á Isabela en LA ESPAÑOLA INGLESA. EN LA FUERZA DE LA SANGRE, «*la mucha hermosura del rostro*» de Leocadia despertó en Rodolfo el deseo de robarla,—*Hermosa doncella* son las palabras, que emplea para retratar á Leonora en EL CELOSO EXTREMEÑO. Avendaño al ver á Costanza «*quedó suspenso y atónito de su hermosura* cuenta en «LA ILUSTRE FREGONA, «*EN LAS DOS DONCELLAS* dice de Leocadia que es «*de las más hermosas doncellas que hay en Andalucía y de Teodosia*» «*más hermosa que el sol*». «*Era Cornelia hermosísima en extremo*» nos refiere en LA SEÑORA CORNELIA y en LA TÍA FINGIDA al hablar de Esperanza cuenta que los manchegos «*quedaron suspensos y enamorados de tal donaire y belleza.*»

Y bellas y hermosas retrata en El *Don Quijote de la Mancha*, á Marcela, Luscinda, Dorotea, Camila, Zoraida, Clara, Leandro, Quiteria y otras.

Luego no iba á ser de peor condición la Duquesa, y nos la presenta también hermosa, de gran donaire, bizarramente aderezada, hasta el extremo que «*levantóse Sancho admirado, así de la hermosura de la buena señora como de su mucha crianza y cortesia*» más si es hermosa de cuerpo, no resulta lo mismo psíquicamente y es que el inmortal novelista, exímio satírico no perdonaba ocasión de exponer magistralmente en ridículo hasta los menores defectos aun de aquellas personas que por su posición, otros no hubieran hecho más que adularlas.

De ilustre linaje, riquísima en bienes, excelente amazona, aficionada á la caza, feliz con su marido, es la Duquesa una de esas mujeres para las cuales la vida es divertirse. Que al presentarse Sancho por mandato de su amo ante sus pies para que «*sea servida de darle licencia para que con su propósito y beneplácito y consentimiento él venga á poner en obra su deseo—que no es otro—que de servir á vuestra encumbrada altanería y fermosura*», le contesta «*que venga mucho en hora buena á servirse de mí y del duque mi marido en una casa de placer que aquí tenemos*» y explica esta contestación por haber leído la primera parte del INGENIOSO HIDALGO «*y haber entendido por ella el*

disparatado humor de Don Quijote con grandísimo gusto y con deseo de conocerle le atendían, con prosupuesto de seguirle el humor y conceder con él en cuanto les dijere». He ahí el movil de las atenciones de la Duquesa con sus huéspedes, reirse de Don Quijote, burlarse de su locura, divertirse con sus acciones de caballero andante, hasta el punto de no cesar ni un momento en que las burlas se sucedieran unas á otras y algunas sangrientas.

Y tan amiga es la Duquesa de reirse que gusta más oír los refranes y sandeces de Sancho, que no los ingeniosos y lucidos razonamientos de Don Quijote. «*Mandó la Duquesa á Sancho que fuese junto á ella, porque gustaba infinito de oír sus discrecciones*»; contando un cuento Sancho y mandándole D. Quijote le acortara dijo la Duquesa: «*No ha de acortar tal, por hacerme á mi placer, antes le ha de contar de la manera que le sabe aunque no le acabe en seis días.*» Y aún prueba más la afirmación hecha al principio de este párrafo el comienzo del capítulo XXXIII de la segunda parte que dice «*Cuenta pues la historia, que Sancho no durmió aquella siesta, sino que por cumplir su palabra vino en comiendo á ver á la duquesa, la cual con el gusto que tenía de oírle, le hizo sentar junto á sí en una silla baja.*»

Más no tiene la Duquesa, ni un solo instante, en que lamente las extravagancias del héroe aventurero ni procure corregir los extravíos de Don Quijote y las desmedidas ambiciones de Sancho Panza, que la burla continua hasta en el acto de la despedida, es exclusivamente lo que se propuso é hizo con sus huéspedes, pues si se mostraron generosos los Duques, entregando el mayordomo á Sancho «*un bolsico con doscientos escudos de oro*» no fué generosa de alma al despedirle con las palabras «*Señor Don Quijote, que siempre oigamos buenas nuevas de vuestras fechorías.*»

No es la Duquesa mujer instruida lo cual se prueba, que al hablar Don Quijote de retórica ciceroniana y demostina, dice «*¿Qué quiere decir demostina, señor Don Quijote?*»—«*que es vocablo que no le he oído en todos los días de mi vida*» cuando precisamente el gran orador Demóstenes y más en la época á que se refiere Cervantes sería conocido aunque no fuese más que de nombre, de las personas aun menos cultas, sin embargo refiriéndose á lo dicho por Sancho manifiesta «*son sentencias catonianas, ó por lo menos sacadas de las mismas entrañas del mismo Micael Verino*» más no se deduce de su conversación una ilustración que guardase relación con su linaje y riquezas.

También nos presenta como curiosa á la Duquesa el inmortal novelista y así es que cuando una dueña puso en conocimiento que D.^a Rodríguez quedaba en el aposento de Don Quijote, pidió licencia al Duque para que ella y Altisidora fueran á ver lo que la D.^a Rodríguez quería con Don Quijote, y las dos «*con gran tiento y sosiego,*

paso ante paso, llegaron á ponerse ante la puerta del aposento, y tan cerca que oían todo lo que dentro hablaban; y como quien escucha su mal oye, también tuvo que oír la Duquesa su mal, que conociéndolo hacía desmerecer mucho su hermosura y bizarría y poco discreta no pudo contenerse y movida por la ira y la venganza maltrataron á Don Quijote y á D.^a Rodríguez. «*Y cuando oyó la Duquesa, que la Rodríguez había echado en la calle el Aranjuez de sus fuentes, no lo pudo sufrir, ni menos Altisidora, y así llenas de cólera y deseosas de venganza, entraron de golpe en el aposento, y acrebillaron á Don Quijote y vapularon á la dueña.*» Venganza que no deja en buen lugar su conducta.

Tal es la Duquesa, como nos la presenta Cervantes, hermosa, bizarra, enferma, curiosa, vengativa, burlona, rica en bienes, pobre de espíritu, cortés, respetuosa y fiel.

ALFREDO BARTHE

Clara de Viedma

¡Clara de Viedma! He aquí uno de los tipos más atrayentes, más puros y sugestivos, más sencillos, ingenuos y naturales del Quijote.

Es una joven hermosísima, rica y elegante que aparece y desaparece, como fugaz y rutilante estrella en el cielo cervantino, al final del libro celeberrimo (cuya primera impresión con estas fiestas se conmemora), en la famosa venta de los enredos y desenredos, en aquel gran teatro de amores y hermosuras, en aquel inolvidable campo de Agramante, donde pasan las más entretenidas escenas de toda esta primera parte de la *Biblia del Humorismo*.

Cuando se apea del coche y entra con su padre, el Oidor, en la venta, tan joven, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, dice Cide Hamete, que «*á todos puso en admiración su vista y pensaron que otra tal hermosura como la de esta doncella difícilmente pudiera hallarse.*»

De este portento son confirmación los hiperbólicos elogios y ofrecimientos de *Don Quijote* cuando añade que «*para tan hermosa doncella deben no solo abrirse y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos y abajarse las montañas para dalle acogida,*» invitándola á entrar en «*aquel paraíso donde se hallaran estrellas y soles,*» (dice al Oidor) que acompañen el cielo que su merced trae consigo.»

Refiérese á Luscinda, Dorotea, Zoraida y demás que están en la venta y de quienes Cervantes hace larga y minuciosa descripción.

No así de esta adorable y gentil figura—*Clara de Viedma*—á quien el sublime pintor solo esboza con breves pinceladas, en el gran cuadro de su obra inmortal.

Pero las pinceladas, como de mano maestra, son luminosas, los trazos, finos, los colores, claros y diáfanos, la expresión, ingenua y adorable, la actitud bella y sugestiva, la luz, pura, la perspectiva aérea, el relieve natural y espontáneo, el conjunto suave y armónico.... en tan maravilloso grado de perfección, que el alma se extasia ante este admirable boceto, la mente se recrea ante obra tan pura y perfecta, el espíritu siente la impresión exacta de la realidad, el corazón se interesa anhelante por esta belleza arrancada del natural, y la fantasía, ofuscada por el encanto, despliega todas sus galas completando el detalle que se dibuja en la cándida, fresca y gentil figura..

No consta puntual, metódica, detenida y detallada descripción de esta preciosa joven, como el Príncipe de los Ingenios la hizo de casi todas las demás mujeres que esmaltan las inmortales páginas.

Es esta una figura muy secundaria y episódica, interpolada en la obra, como toda la novela del Cautivo Leonés: apenas presentada, se esfuma y diluye en el mágico kaleidoscopio cervantino.... Y esto no obstante, deja en el alma tal estela de simpatía, sugestióna el ánimo tan dulce y suavemente, perdura en la retina con tan fúlgido claror, que, cerrado el Quijote, y dejando explayarse la fantasía por aquella gran epopeya, recorriendo con la imaginación aquel multicolor vergel de flores, aquel rico museo de cuadros y retratos, la graciosa y bella imagen de la gentil Clara de Viedma surge en la mente, atrayente y cándida, como fresco lirio, besado por las caricias de la brisa matinal, como capullo de rosa entreabierto á los besos de las auras primaverales del amor....

Esta delicadísima *Clara de Viedma* tiene diez y seis años, es arrogante y esbelta; como tipo castizo de dama española ostenta la magestad latina, la altivez y piedad visigóticas; es alta y de frágiles formas, de prolongado corselete y ondulado y fino cuello, como collares de perlas, de seno reducido, preso en el jubón de brocado, de cara oval.... Es ingenua y sencilla, fresca y cariñosa, pueril, angelical, intachable como Nínon, pura como Coseta, graciosa como Esmeralda, piadosa cual Berenice, sensible como Atala, quizá rubia y blanca como Ofelia.

Aglae ha debido derramar sobre ella—como las hadas protectoras—todas sus gracias, y si Periandro la contemplase sostendría de nuevo como en el diálogo de Esopo que la naturaleza solo ha creado dos cosas hermosas por excelencia, la mujer y la rosa; y dos buenas en grado superlativo, el vino y la mujer... Fresca y fragante como la rosa, sabrosa y embriagadora como el viejo vino

que rejuvenece los sentidos es también esta angelical y hermosísima doncella, en la que «alla belleza del corpo risponde l' onestá dell' anima,» porque Clara tiene un alma blanca como la nieve de su frente y un corazón puro como el carmín de sus labios; alma de ángel que titila de ternura al arrullo de las primeras trovas amorosas y corazón de virgen que palpita de emoción al asomarse al cielo del amor, al entrar en el sancta sanctorum de la dicha, al descorrer el velo del templo de la felicidad, al abrir el gran libro del querer...

Porque esta gentil figura, este retrato que pestañea, esta preciosa joven que Cervantes copió del natural, á los diez y seis años, rica y hermosísima, criada sin los halagos y caricias de una madre; formado su carácter, por estratificación, con las capas psíquicas del valor, generosidad, nobleza, discreción, galantería, ternura y piedad tradicionales en su linaje; viviendo en la corte guardada, como en un relicario, en la casa paterna (morada tranquila y silenciosa, austera y solemne, como templo de las leyes y refugio del saber) frente á la mansión de un gallardo y simpático mancebo que ha puesto en ella sus ojos, y en ellos toda la expresión de un alma ardiente y generosa... ¡naturalmente! ¡está enamorada!

En su corazón, hambriento de cariño y de ternura, introdujose *amor*, furtivamente, al descorrer una celosía, envuelto en oleadas y torrentes de luz; conspiró allá dentro, despertó y sublevó legiones de afectos y emociones, y entronizóse luego, como dueño y señor absoluto de aquella alma..... El amor que «habita en las almas más puras como el gusano roedor se coloca en el botón de la rosa más bella» según expresión de Shakespeare; el amor que es

la esencia de la vida

como la miel la esencia de las flores...

hizo vibrar en su espíritu desconocidos é inefables acordes, y Clara, viéndose contemplada apasionadamente por aquel arrogante mancebo que la idolatra, saboreando secreta, anhelante é ingenuamente, todo el placer y la dulzura de sentirse amada, ha franqueado de par en par su corazón sencillo y ansioso de cariño á aquella corriente dulce y suave de simpatía que todo lo avasalla y su alma se ha esponjado con aquel fresco rocío que todo lo fecunda y se ha esclarecido con los raudales de aquella luz celestial que todo lo vivifica.

Ha descornado un poco el velo sagrado, y levantando en su espíritu un altar al amor, se consagra enfervorizada é inconsciente al nuevo culto, á la imperiosa, gratísima y nueva ley del ser querida y querer.

Los grandes psicólogos del amor *Stenhdal*, *Balzac*, *Bourget*, ... no tendrían que ahondar mucho para estudiar el génesis y la floración de los amores en este carácter, en este tipo ingenuo de niña inocente, en esta alma blanca y pura, sencilla y encantadora, que despierta al nuevo y extraño

ruido con que late su corazón, al desconocido y alegre rumor, confuso y atropellado, con que sube su sangre á enrojecer sus mejillas, viéndose apasionadamente idolatrada é inundada por los acariciadores efluvios de ardiente simpatía, sintiendo á su alma elevarse y girar con fuerza desconocida, en las esferas llenas de luz, donde el amor es la ley universal de la gravitación y de las atracciones de los espíritus.

El platónico idilio transcurre en la corte dulce y suave. Clara ama á su enamorado porque para amar es la cosa más segura

verde edad, buen trato, y limpia hermosura como dijo Lope de Vega. Clara está enamorada, ella misma dice que no sabe lo que fué ni lo que no, pero que al fin le hubo de creer y aun querer sin saber lo que se quería. Paladea en la corte las primeras y elementales delicias del amor. Son todavía amores platónicos, de pura y estática contemplación, y como la cimbreada palmera, saborea en sus soledades estas pequeñas esquisitices. El alma asomándose á los ojos, juega el principal papel en este idilio; palpitante de emoción, como neófita que se acerca á presenciar los ritos arcanos de los iniciados, *nuova é ignara*, como la heroina del Fausto, de lo que es el mundo y el amor, al sentir como penetran en su corazón las gratas y misteriosas auras, al verse invadida por el anhelo supremo, por el inmenso, eterno milagro divino de la vida, entrégase de lleno al puro y espiritual deleite, al goce de aquella angélica beatitud, al culto de aquellos immaculados amores, á la sugestión avasalladora de aquel que lleva «tan retratado en su alma» y á quien de «tal manera quiere que no ha de poder vivir sin él».

Pero con el viaje del Oidor altérase la profunda tranquilidad de aquel delicioso idilio y empáñase el añil purísimo del ciclo de sus amores. Clara aprende lo que son penas y pesares al no poder despedirse siquiera con los ojos de su amado y tiene una amarga revelación de toda la tristeza que supone ir sin amor por la vida, que es como ir sin estrella por el mar...

Por fortuna para su alma, que va envuelta en nubes de desconuelo, á las pocas jornadas de camino, reamanece el sol de sus amores, y surge de nuevo, disipando las angustiosas negruras de sus pesadumbres, aquel galán que es su estrella.

...Y es en la venta archifamosa donde ocurre el gran suceso, en la vida igual, dulce y tranquila de ésta adorable doncella. Es en aquel gran teatro de amores y hermosuras donde tiene lugar la escena culminante de éste idilio, de este dialogo de dos almas, todo amor.

Es en aquel *castillo* que guarda y honra Don Quijote—el gran caballero donde se desenlaza felizmente esta sencilla, pueril historia, de suprema belleza, digna de ser parafraseada por el cantor de los *pequeños poemas* ó amplificada por la

prosa esquisita de Varela, con el maravilloso estilo de D'Anunzio...

Es allí donde ve á su gallardo mancebo en traje de mozo de mulas, donde resurgen espléndidos sus amores, donde su hermosura y el fuego de sus ojos inspiran al galán aquel precioso romance «*Marinero soy de amor*», y las lindísimas estancias, *Dulce esperanza mía*... que son sabroso deleite para quien sienta en el alma el dulce halago del ritmo y la rima.

Mas que halago y deleite, fueron estos versos para el alma de Clara, sublime trasporte, inefable placer, intensísimo gozo y delicia.

La voz de su amado, el eco de aquel timbre querido que repercute en su corazón, las vibraciones de aquella sonoridad hieren, físicamente, las cuerdas mas sensibles de su alma, se corresponden por prodigiosa simpatía con acordes inefables de su espíritu que hacen vibrar todo su cuerpo: los efluvios amorosos trasmitidos por el éter impalpable sacuden todos sus nervios, hacen brincar su corazón, latir sus sienes, correr presurosa su sangre, sollozar á su garganta, llorar á sus ojos, colorear sus mejillas, temblar todo su cuerpo, y sobresaltarse toda su alma en maravillosa crisis de amor y de placer, de pasión y de ternura.

Como la Esposa del Cantar de los Cantares al oír la voz de su amado estremécense sus entrañas, desfallece de amor, llora, solloza y gime, tiembla y se sobresalta, vibrante de placer y de emoción.

...Son lagrimitas que parecen perlas de rocío titilantes en la corola de las flores; sollozos que semejan arrullos y gorjeos de amorosos pajarillos; sobresaltos que denuncian allá dentro brincos del corazón, loco de alegría, temblores y vibraciones que suenan á repiques y volteos de gloria, por la fiesta solemnísimá que se celebra en el alma, mientras llenan el aire las trovas amorosas del amante poeta...

Su corazón no resiste tanto gozo: su alma no se sostiene al peso de tan intensa alegría y aturrida de placer, se tapa los oídos para no enloquecer del todo oyendo aquella voz, que nunca había oído, y que llega tan á lo hondo de su alma y repercute en lo mas escondido de su corazón... ¡su corazoncillo que parecía ya saturado en el idilio de la corte con el rocío fecundante de apasionadas, ardientes miradas, y que ahora se ve inundado por aquel aluvión, por aquel torrente de pasión y ternura que entra por su alma, conmoviéndola, sobresaltándola con las sonoras y vibrantes canciones de su amado!

...Cuando la voz se apaga, cuando cesa aquella música fascinadora, cuando se pierden en la

calma y silencio de la noche los últimos ecos de la bellísima trova, cuando se diluyen en la augusta serenidad de los cielos las armonías de aquel canto de amor, aun el hipo y los sollozos, perduran en Clara, como lejanos ecos de la pasada tempestad de su espíritu. Luego viene tras de aquella crisis, tras de aquella tormenta la lluvia refrigerante, la cuita callada y rumorosa, la confesión pura y sencilla de sus amores á Dorotea, que ha presenciado su temblor y sobresalto, mientras cantaba el fingido mozo de mulas, «señor de lugares» y dueño absoluto del alma de Clara. Viene tras de aquel Sinai vibrante la revelación sencilla, ingenua, encantadora del secreto de su amor.

Relación dulce y suave, historia inefable y pueril, fresca y graciosa de niña enamorada, sin las complicaciones, sin los rebuscamientos, ni retóricas de las demás mujeres de égloga ó de drama del Quijote.

Clara hace el cuento de sus amores de un modo admirable y sublime por lo ingenuo, lo fácil y lo natural. Y es que como observó profundamente Beyle «un alma enamorada emplea siempre un estilo sencillo,» y es que Cervantes el «poeta del equilibrio de la mente y pintor supremo de la normalidad de la vida,» copió del natural este tipo y en ello está el mérito sobresaliente de esta preciosa figura, precisamente en que Clara ama humanamente, como aman las mujeres, sin retóricas, ni estudios, ni artificios, en lo que dice y en lo que hace.

Y esto mismo, esta ingenuidad y naturalidad es lo que constituye su extraordinario relieve artístico, hasta tal punto, que en la opinión de los críticos, Cervantes acaso no ha creado nada, fuera de la Gitanilla, tan gracioso y fresco, como esta inolvidable Clara de Viedma, amorosa, sencilla, cándida, que «produce el embeleso perfecto de la virginal,» forma ideal, purísima de la belleza eterna, digna de ser estudiada con los procedimientos psicológicos de Bourget, poniendo en el estilo, la composición y forma exquisita de Daudet y el empaste vigoroso y conciso de Maupasant...

Pero por mí, que enamorado de la fragancia de su hermosura y extasiado ante la belleza angélica de su alma, echo de menos, como Diderot, para escribir dignamente de ella el poder «templar la pluma en el arco Iris y esparcir sobre las líneas el polvo de las alas de la mariposa.»

MIGUEL BRAVO

8 Mayo 1905



